(DES) AMORES BREVES

HISTORIAS DE ROMANCES SIN DESTINO

CAROLINA BALBIANI

INDIELibros

Carolina Balbiani

(Des)amores breves

Historias de romances sin destino

INDIELibros

Balbiani, Carolina
(Des) amores breves : historias de romances sin destino / Carolina Balbiani - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Vi-Da Tec, 2019.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-799-090-4

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© Carolina Balbiani, 2019
© IndieLibros, 2019
Conversión digital: Libresque

INDIELibros

Acerca de *(Des)amores breves*

La pasión suele impulsar la creencia de que atravesamos un momento de amor inigualable. Pero la euforia amorosa es, a veces, puro espejismo. En esos instantes sentimos que nada importa más que lo que nos atraviesa como un rayo que nos parte en dos: por un lado las creencias familiares, religiosas y sociales; por el otro, nuestro yo rescatado del agobio diario y encandilado por ese "otro" que nos acaricia con nuevos ojos. Es, entonces, que podemos sucumbir a la tentación de mirarnos el ombligo y tirarnos al vacío sin paracaídas para caer de lleno en una aventura no siempre recomendada.

Estas historias brevísimas de contar fueron brevísimas de vivir. O no tanto, porque algunas se prolongaron durante meses. Más perennes que el amor fueron sus consecuencias. Políticamente incorrectas, muy frecuentes, plenas de mentiras, egoísmos y negaciones, son historias que se meten de lleno en lo que no siempre dicen, pero sí inevitablemente piensan, sus *yoístas* personajes. De intensidad variable y andar disperso, ellas llenan las mesas de cualquier café.

Los finales felices no fueron posibles. Quizá porque el sentimiento no alcanzó a echar raíces fuertes y, en el tránsito de ese apasionado trayecto, el amor dio una sorpresiva vuelta de carnero y comenzó a denominarse desamor.

Quién es Carolina Balbiani

Carolina Balbiani nació en Buenos Aires, en 1963. Hizo la primera parte de su primaria en escuelas rurales de la provincia de Córdoba. La terminó en el Colegio San Pablo, de la Capital Federal, donde también cursó la secundaria. Estudió periodismo en la Universidad del Salvador, donde obtuvo un título terciario y, en 1988, fue becada para el Programa de Graduados Latinoamericanos, de la Universidad de Navarra, en España. Desde 1983 hasta 2019 trabajó en Editorial Atlántida. Primero en la revista *Gente* y, luego, en los títulos *Para Ti*, *Show On* y *Chacra*. Desde sus comienzos como cronista, pasó por todos los puestos y llegó a dirigir las revistas *Para Ti* y *Para Ti Deco* durante 17 años. En 2019 presentó su primer libro en formato digital, *El día que me mataron* (IndieLibros, 2019), una serie de casos policiales verídicos que la autora toma y reconstruye un posible relato de la voz de la víctima. Está casada y tiene dos hijos.

Índice

Cubierta
Portada
Créditos
Acerca de (Des) amores breves
Quién es Carolina Balbiani
Incesto político
La cuñada y el cuñado
El sustituto perfecto
Un ACV para el recuerdo
Adolescer hasta la muerte
Matrimonio violentamente fugaz
El marido de la mejor amiga
Conflicto de género
El pediatra de las chicas
El novio de la hija
Otro título de Carolina Balbiani
¡No te pierdas el contenido exclusivo en Leamos y BajaLibros!

Incesto político

Juanita y Martín habían decidido aprovechar el finde largo para ir al campo familiar, a unos 400 km, a despejarse del estrés de la ciudad. Ella cursaba tercero de Veterinaria en la UBA. Él estudiaba en la misma universidad, para ingeniero agrónomo. Estaban de novios desde hacía casi dos años y el programa les calzaba justo.

Llegaron el viernes a la noche en el auto de Martín. La familia los esperaba con un buen asado y la mesa impecable, puesta bajo la galería. Un florero de plata con hortensias rosadas presidía la comida. Era el toque femenino típico de su suegra, se dijo Juanita.

Llegaba el verano y los días eran demasiado calurosos, así que comer afuera era el programa perfecto.

Las tácitas normas de la casa exigían, a los no casados, dormir en cuartos separados. Ella, sola en la habitación de huéspedes que daba a la galería. Él, con su hermano menor, en la otra punta de la casona en U. Por la noche, Martín se escapaba, por un rato, al cuarto de su novia. Si algún miembro de la familia veía algo, miraba para otro lado. Las formas tradicionales, así, estaban a salvo.

El sábado hubo yerra. Castraron novillos, contaron y marcaron la hacienda, vacunaron al ganado. La movida cerró a la noche con una comida en la estancia de los primos de Martín. Estaban todos invitados. Pero Juanita decidió quedarse. Quería, afirmó, aprovechar para estudiar para el

próximo final. Prefería estar en la cómoda hamaca paraguaya, al lado de la pileta. Martín ni loco se perdía la comida con todos sus parientes. Partió divertido con su madre y el resto de la familia, pero sin Esteban, su padre, que a último momento se bajó del programa. Esta vez me quedo, dijo distraído, tengo trabajos de escritorio pendientes. Y mandó saludos.

En la casa, al borde de la pileta, quedaron los dos. Él con sus libros de cultivos y animales, sacando cuentas. Ella con sus apuntes de facultad. Futuro suegro y futura nuera. Casi parientes.

Juanita, con 22 años, era una sexy morocha de pelo largo y buenas lolas. Esteban se veía muy bien, flaco y en forma para sus 48. Portaba fama de mujeriego y seductor. Un tipo mirón, pensó Juanita, que lo veía atractivo. Y, quizás, hasta más pintón que Martín.

Las miradas entre los dos, desde hacía algún tiempo, ella las percibía distintas. Los gestos también. Él provocaba con un comentario y ella consentía con una sonrisa. Alguna palmadita confianzuda o un abrazo, al llegar, que duraba unos segundos de más. Indicios que a Juanita no se le pasaban por alto. Quizás ella también lo estaba coqueteando. Hace poco se había encontrado frente al espejo, mirando su gran escote, meditando qué pensaría Esteban, si le gustarían sus lolas asomadas a ese atrevido balcón.

La novia del hijo, el padre del novio. Incesto político.

Con 32 grados el chapuzón en la pileta no se hizo esperar. Juanita se sacó de un tirón la camisola blanca que llevaba arriba del bikini y se tiró de cabeza. Al salir sacudió su melena negra y salpicó los papeles que Esteban tenía sobre la mesa. Él se sacó los anteojos de leer y se rió. Se levantó haciéndose el enojado y empezó a correrla como un

adolescente alrededor de la pileta. La empleada doméstica dormía y los caseros habían desaparecido hacía rato. Esteban se sacó la remera y se quedó en shorts. Terminaron los dos adentro del agua en un juego torpe y brusco que derivó en caricias. Juanita temblaba de miedo. Y de excitación. Estaba lanzada. Esteban, convencido de que no podrían verlos, avanzó en la oscuridad con la impunidad del ganador. Ninguno de los dos pensó en Martín. Ni en las reglas sociales. Ni en la idea de pecado en la que se habían educado. Besos fogosos y fuego bajo el agua. Ardieron sin culpas y disfrutaron cada segundo. Las cosas siguieron su curso otra vez bajo el silencio de las estrellas y sobre el pasto húmedo. El placer, bajo el calor agobiante, los aturdía.

A las dos de la mañana, sin decirse nada, cada uno a su cuarto. Se durmieron como angelitos.

El resto llegó cerca de las tres y media de la madrugada. Martín la vio tan dormida cuando abrió la puerta de la habitación que se fue a la suya sin intentar ningún acercamiento.

La lujuria de la noche dio paso a las simulaciones durante el desayuno. Por el comedor, entre tostadas, café y jugos de naranja, desfilaron los recién amanecidos. Martín con esa cara de nabo, pensó Juanita. ¡Lo que se pierde Martín!, pensó Esteban. La madre, enfundada en su robe blanca, no pensó en nada. A ésta no la despabila nadie, pensó Juanita. ¿Cuándo tendré otra oportunidad?, pensó Esteban.

Fue el lunes, que era feriado. Algo parecido a la incomodidad sintió Juanita cuando Esteban le clavó la mirada. A Esteban, en cambio, nada le importaba mucho. Sabía que su mujer vivía en la perfecta estratósfera. La sensación de trampa siempre lo había estimulado, se regodeó, y volvió a admirar las curvas sensuales de Juanita cuando le

dio la espalda para levantar la mesa. La forma que le daban a su mínimo pijama le despertaron más fantasías mañaneras.

Volvieron a ingeniárselas para quedarse solos un rato. Esta vez fue a la hora de la siesta. Después de un opíparo almuerzo, todos buscaron refugio del sol. En el galpón, detrás de las monturas, Juanita y Esteban sudaron lo prohibido y quedaron con el olor a bosta impregnado en la nariz. A Juanita le gustó más todavía. La existencia se le antojaba deliciosa y salvaje. Esteban sabía llevarla a su punto máximo de placer, era un experto, se dijo excitada y con la espalda raspada por los fardos de alfalfa donde se habían restregado, sin darse cuenta, durante el agitado encuentro.

Ese fin de semana de cuatro días terminó para casi todos como cualquier otro. Pero a Juanita le había estallado el mundo.

No quería seguir con Martín. Eso no era pasión, se dijo determinada. Había descubierto la adrenalina que segrega la combinación de sexo y miedo. Estaba cegada. Basta del romance tradicional, suspiró. No se preguntó si hacía bien o mal. Carecía de remordimientos. Tampoco sabía si quería seguir teniendo relaciones con Esteban por mucho tiempo. Se le había desatado la locura interior. Tenía el alma demasiado inquieta y la conciencia demasiado suelta.

En dos semanas ya había cortado con Martín, que no entendía nada de lo que ocurría. Estaba inconsolable. Esteban seguía jugando al seductor con su nuera. Juanita, al borde del abismo, vivía fascinada por su descubrimiento de lo distinto.

En eso estaba el día que tenía que venirle y no le vino. Ella era un reloj biológico, se alarmó. Le dolían, además, un poco las lolas y se caía de sueño. Corrió a la farmacia y se compró un test de embarazo. Encerrada en el baño de su casa descubrió en pocos minutos que ya no estaba sola en la vida.

Un bebé crecía en su interior. Ahí sí se le tapó la nariz de tanto llorar. ¿Cómo saldría de ésta? ¿Abortar? No se animaba. ¿A dónde recurriría? Sus padres, demasiado puritanos para su gusto, no la apoyarían en ese trance y tampoco tenía plata para pagarlo por su cuenta. ¿Tenerlo? Se cagaba la vida, se dijo. Se paralizó. Su frialdad hizo agua por un rato. No se lo contó a nadie. Anduvo como un fantasma espantado y a la deriva. Tras unas noches de insomnio, se iluminó. O eso creyó. Iba a tenerlo. Sí, eso haría. Le diría a Martín que el bebé era de él. Quizá, después de todo, hasta lo fuera. Aunque ella estaba convencida de que ese manojo de células, que se reproducía sin freno en su útero, era de Esteban.

No tenía por qué arreglarse con Martín, él se haría cargo aunque ya no fueran novios. Y Esteban pagaría lo que hiciera falta, temeroso de que algún coletazo impensado de la historia lo metiera en el ojo del huracán.

A Juanita le pareció la solución perfecta. Su mente pergeñó el engaño que sostendría durante toda su vida. Además, se preguntaba sin saber la respuesta, si hacían un ADN debería dar lo mismo, ¿no? Al fin y al cabo eran padre e hijo… todo quedaba en familia.

El plan le salió, en principio, a la perfección. Martín, conmovido, se ajustó a las novedades. Le alquiló un depto cerca de donde vivía él con sus padres, con plata de Esteban, y prometió hacerse cargo sin quejas, a la distancia de unas pocas cuadras. Ni se le ocurrió lo del ADN. Esteban, con tantas carreras corridas, prefirió pagar todo lo del hijo de su hijo, a averiguar. Y Juanita pasó a vivir en un departamento de 32 metros cuadrados bancado por su breve amor de pileta.

El bebé nació, lo llamaron Pedro y se parece a ambos. La abuela paterna, en su limbo, feliz de cuidarlo cada tanto. Pedro y Piedra, piensa Juanita, son lo mismo: una roca

enorme que te hunde y te ancla.

Juanita dejó la carrera, se ocupa a medias del hijo y busca trabajo. Se cagó la vida de todas formas, se dice cada madrugada cuando se levanta a preparar la mamadera. Por momentos odia a Pedro. Y a Esteban. Y al tonto de Martín. Y a la estúpida de su suegra. Y a sus padres, por ser unos mojigatos y tan poco gambas. Todos ellos tienen la culpa de su infelicidad. Ellos la convirtieron en una esclava, se envenena pensando, cada vez que suena el llanto. Al diablo con todas las aventuras que soñaba. No será veterinaria. Ni viajará como sus amigas. Ya ni tiempo tiene para romances. Hasta para bañarse tiene que encontrar un hueco de diez minutos. Ser madre es una puta cárcel, reflexiona. Pedro está ahí con su carita redonda y sus morisquetas para recordarle todos los días su eterna mentira y esa noche de tanto calor. Qué mierda. Qué criatura demandante, estalla.

A Juanita le importa un reverendo comino saber quién es realmente el padre. Se siente atrapada. A veces, se pregunta si no estará loca. No puede hablar de esto ni con sus amigas. No la entenderían. Son perfectas Susanitas: buenas, maternales y abnegadas. También las odia. Si volviera para atrás en el tiempo, Juanita sabe que no lo tendría ni en pedo. Se habría hecho un aborto por su cuenta y le habría exigido la plata a Esteban con la amenaza de un buen escándalo y... a otra cosa mariposa.

Pedro tiene asegurada una familia disfuncional. Y Juanita cree no merecer este purgatorio en vida.

La cuñada y el cuñado

Siempre, antes de dormirse, Gabriela y Héctor hablaban con la luz apagada. En esos momentos de sosiego e intimidad, Susy, la mujer del hermano de Gabriela, era un tema recurrente. Se quejaban de ella y también se reían. Que en la última Navidad la miserable cuñada había traído pollo en vez de pavo. Que era una frívola que sólo pensaba en el gimnasio y en borrarse las estrías. Que en esa cabeza había mucha peluquería, pero poco contenido. Coincidían ciento por ciento. Por lo menos, aparentemente. Eso sí, reconocían que tenía un lomazo a pesar de los cuatro hijos que había parido. Si Héctor fantaseaba con algo, Gabriela no contaba con ningún indicio.

Por eso, esa noche ya al borde del sueño, cuando Héctor sugirió darle una mano a Susy para que la tomaran como maestra de inglés en el colegio en el que Gabriela trabajaba, ella se sorprendió aunque no le pareció mala idea. Su hermano estaba pasando por una difícil situación económica. Había perdido su trabajo como piloto de una línea aérea quebrada, así que le vendría muy bien que Susy empezara a trabajar en serio. Y de paso se mirara menos las estrías.

Gabriela se propuso ayudarlos y lo consiguió. Susy fue contratada por el colegio y ella empezó a verla a diario. En el mismo momento de haberle conseguido el puesto, Gabriela ya estaba arrepentida. Tuvo esa sensación desagradable de haberse equivocado apenas Susy atravesó la doble puerta de

metal gris un lunes a las 7 y 15 de la mañana. Le pareció mal sentir lo que sintió, pero no pudo evitarlo. Sus sobrinos estaban de por medio. Hizo de tripas corazón y se fumó a la cuñada en su mismo espacio laboral. Hacía un gran esfuerzo para disimular que no la soportaba. Odiaba sus looks altisonantes y desubicados mientras, ella vestida como se debe ir a un centro de enseñanza, camuflaba sus rollitos con ropa aburrida. Detestaba esa falsa buena onda que transmitía, para llamar la atención, cuando decía con voz aguda y penetrante: "¡Buen día!". Su cuñada Susy era una pesadilla, se decía amargada, mientras desarrollaba minuto a minuto un sorprendente complejo de patito feo. Cómo puede ser que todo esto me afecte tanto, analizaba, tengo veinte años de antigüedad en el colegio, ¡y me siento desplazada por este supuesto cisne llamado Susy! Estoy para ir al psicólogo, no puedo compararme con esta completa idiota. Pero curiosa e inevitablemente se comparaba.

Héctor, cuando salía de su trabajo, iba a buscarla cada vez que podía. Así fue que, muchas veces, tenían que llevar a Susy a su respectiva casa. El desvío no era demasiado, unas doce cuadras. No había más remedio. Hubiese sido de muy mal gusto no ofrecérselo, sostuvo Héctor. Gabriela hubiese querido convencerlo de hacerse los boludos, pero no se animó porque habría sido admitir su inseguridad. De todas formas, el radar de Gabriela andaba molesto. Había notado que la frecuencia de apariciones de Héctor en la puerta del colegio había aumentado desde que Susy había empezado a trabajar. Antes refunfuñaba sin pausa. Estacionar en doble fila, las demoras de ella en salir, las boludeces que escuchaba decir a los padres... toda la situación le resultaba un incordio. Ahora había empezado a minimizar su fastidio y respondía con un sumiso "no importa mi amor fueron cinco minutos". Otro día,

en que había asegurado que no iba a poder acudir a buscarlas por una importante reunión laboral, apareció igual en medio de una lluvia torrencial. Fue un ángel salvador en medio del diluvio universal. El asombroso cambio de actitud, en tan poco tiempo, encendió las alertas de Gabriela.

Se volvió paranoica. Insegura. Pero no se atrevió a comentar nada. Era un disparate sólo pensarlo. Ni a sus íntimas amigas les confesó sus ridículos celos de la estúpida cuñada de toda una vida. Sus cinco hijos más los cuatro de su hermano eran un batallón demasiado numeroso para desatar una guerra, se sorprendió pensando. Pero los tanques los tenía alineados y las profundas trincheras, cavadas.

Un día, después de un acto por el Día de la Bandera, cayó Héctor a buscarlas de sorpresa. Gabriela, mientras charlaba con la madre de un alumno, pescó sin querer una mirada cómplice de él, que desde el asiento del auto le dirigió a Susy, que salía del colegio. Fue clave. Susy se dio cuenta de que Gabriela los había sorprendido cruzando miradas; entonces, giró su cabeza rápidamente para otro lado. Ese gesto fue suficiente para confirmar la sospecha de ilegalidad. A Gabriela se le paró el corazón en seco. Se quiso convencer de que estaba divagando. Sentía un hueco bajo sus pies, como que el suelo no la sostenía. No dijo ni hizo nada. Estaba acorralada por los miedos.

En tanto, el romance del cuñado y la cuñada trasuntaba sus mejores momentos. Héctor había redescubierto sus ganas de hacer el amor con alguien diferente. Estar tantos años con la misma persona no es normal, se escuchó un día decir en una reunión, la monogamia no es algo que venga escrito en nuestra biología. Nadie prestó demasiada atención a sus elucubraciones filosóficas. Pero para él era importante poder justificarse. Embanderado en esas máximas, exploraba la

nueva relación física con la escultural Susy y multiplicaba orgasmos. Ella no padecía, reparaba Héctor, las inhibiciones puritanas típicas.

Un par de semanas después, las bajas defensas mandaron a Gabriela a la cama con una gripe tremenda. Héctor, de todas formas, buscó a Susy en el colegio. Sería una descortesía dejarla varada, se defendió imperturbable ante su mujer. Gabriela sentía que se había convertido en un gigantesco cartel de neón que rezaba: “Soy la cornuda”.

Ella y Héctor ya no criticaban a Susy a oscuras en el cuarto, antes de dormir. Ya casi ni siquiera hablaban de noche al apagar la luz.

El semáforo de Gabriela mutó a rojo-rabia-intenso cuando, al mes siguiente, para el cumpleaños de su cuñada, Héctor empezó a preocuparse por qué le regalarían. Gabriela lo perforó con sus ojos azules. Le dijo, sin vueltas, que ya había hecho mucho con encontrarle trabajo a esa tarada de nacimiento, que la llevaban y la traían como si fuesen su remise particular sin poner un peso para la nafta y que no pensaba regalarle un carajo. El estallido dejó a Héctor de una pieza, con la mirada de un adolescente al que le prohibieron ir a una fiesta muy esperada. Eso tampoco se le pasó por alto a Gabriela, que ya tenía una sensibilidad especial para percibir el más allá. Con la angustia que venía arrastrando desde hacía meses, desde que esa perra de su cuñada se había entrometido en su vida, había empezado a perder peso. Ahora la ropa le quedaba mejor, no tenía rollitos, pero su cabeza estaba en otro lado. Su peor pesadilla tenía nombre y apellido, y no sabía cómo despertar. Decidió llamar a su amiga más sincera. La que sin dudas guardaría silencio y le diría qué hacer. Le contó todo con pelos y señales en el bar de la esquina de su casa. Lloró y puteó. Ella le dijo con firmeza:

“Sacate las dudas, él no va a reconocerte nada. Poné un detective”.

Así lo hizo. Sacó fuerzas de donde pudo y bastante plata del banco. Pagó cash una investigación que resultó demasiado rápida. En dos semanas tenía, sobre la mesa del comedor de su amiga, todas las fotos desplegadas que confirmaban la infidelidad de Héctor con Susy. Ellos de la mano saliendo de un hotel alojamiento palermitano; ellos despidiéndose en el auto, ¡su auto!, con un beso en la boca; él pasándole el brazo por los hombros... Le temblaba la mandíbula y sentía que se iba a desmayar. Su amiga no supo cómo consolarla. Gabriela cazó las fotos impresas y el pendrive y se tambaleó desconcertada hasta su casa. Se las dejó a Héctor bajo la almohada y pactó para esa noche una comida a solas con su hermano, en un restó gourmet. La cuenta fue a la tarjeta de Héctor. Se tomaron dos botellas de vino mientras se pasaban los pañuelos de papel. Sobre la mesa estaba el otro juego de copias de las fotos.

No había marcha atrás para nadie. ¿Cómo se seguía? Cada uno volvió a su casa para enfrentar lo que se venía. Esa noche se armó el dramón. Él lloró y confesó. Ella gritó, lo insultó y hasta lo arañó. Los chicos escucharon todo desde sus cuartos. Al día siguiente no habría colegio para nadie. Él hizo las valijas esa misma noche y, por la mañana, se instaló en un hotelito de mala muerte. Susy, después de la pelotera paralela en su casa, renunció por mail y no apareció nunca más por el colegio.

Tres semanas después, Héctor y Susy estaban compartiendo un dúplex lleno de sol en un edificio con amenities. Muy instalados en su recién estrenado amor. Sorprendidos con los giros de la vida, un poco asustados por los cambios, pero dominados por la calentura.

En el colegio lo supieron, pero callaron por pudor. Hubo turnos con psicólogos para toda la familia. Gabriela siguió adelgazando hasta perder las formas y quedar como un palo de escoba. Los chicos, desorientados, bajaron las notas y empezaron con deslices no menores. La disfuncionalidad empezó a ser la regla. Los padres estaban, cada uno, inmerso en su propio drama. Fueron meses de espanto para las dos familias, que quedaron destrozadas. Pero el tiempo suele curarlo casi todo. Las cosas se fueron acomodando para los traicionados.

El amor de Héctor y Susy fue inversamente proporcional al desastre ocasionado. En sólo dos meses la magia de la aventura pasional había desaparecido. Ya no corrían al hotel alojamiento para una breve intimidad que desatara toda su lujuria. Estaban ahí, al alcance de la mano. El misterio de los cuerpos prohibidos ya no tenía tanto encanto. Al fin y al cabo eran, con sus más y sus menos, una pareja. La frivolidad de Susy pasó, de ser una coqueta y atractiva manía, a aburrir a Héctor soberanamente. De golpe, se sorprendió extrañando a su exgordita y las charlas a oscuras en el dormitorio. Susy no hacía pie en ningún terreno, se dijo. Me mareé con tanta curva y ahora me quiero bajar del carro, le reconoció a un amigo confidente. Ella andaba como mareada y tampoco veía ahora, en Héctor, al galante hombre exitoso que la manoteaba apenas desaparecía Gabriela. Empezaron a enloquecer con las agendas de los chicos desquiciados y las cuentas engrosadas. Susy, sin trabajo y con el día libre, se perdió a sí misma en shoppings y peluquerías. Las peleas virulentas se fueron acentuando. Ella se enojaba y gritaba sin frenos cuando Héctor le reclamaba que gastara menos. Acababan en la cama para remendar con parches sexuales una relación que se extinguía.

Héctor empezó a pensar seriamente que Susy estaba un poco loca y estaba muy asustado con su nivel de compra compulsiva. Además, se decía preocupado, esta mujer parece no entender la gravedad de lo ocurrido. Un día, sin mucha explicación, decidió sacársela de encima. No tuvo escrúpulos para decirle que se le habían pasado las ganas y que no tenían proyecto. Con esa sencilla explicación, se las tomó. Agarró su valija y se instaló, por un tiempo, en lo de su mejor amigo.

Susy quedó desarticulada, como una muñeca sin impulso vital para encontrar un rumbo. Fue expulsada de todos los reinos familiares y se perdió en algún recoveco de su mundo sin horizontes. Está de la nuca, va a terminar internada como una paciente psiquiátrica, dijeron los hermanos damnificados y se hicieron los distraídos.

Mientras, Héctor intentó la reconquista de Gabriela ante la mirada azorada de sus hijos. Y, contra todos los pronósticos, Gabriela le volvió a abrir la puerta. Le perdonó a medias el amorío intrafamiliar, porque día a día le cobra esa horrible deslealtad con pequeños y obvios maltratos. Le quema, sin querer, la camisa nueva. Si hacen el amor, ella nunca se muestra satisfecha. No le hace su lado de la cama. Le pierde la chequera. Jamás le cocina la paella que le encanta porque ella se hizo vegana. No le conversa más de noche cuando apagan la luz. A Gabriela el desamor le inundó el alma y se lo hace saber de mil maneras. Ya no lo ama como siempre. Sólo lo quiere atado a sus diminutas venganzas. Para que nunca jamás él pueda volver a ser feliz de aquella manera en que lo habían sido antes de la fatal trampa.

El sustituto perfecto

El día en que Ana conoció a Lucas no le importó el anillo que delataba matrimonio en el dedo izquierdo. Estaba de vacaciones en Chile, ya tenía 37 años, era Año Nuevo y pensó en darse una alegría. Pintón, alto y un poco chamuyero, Lucas trabajaba en la mesa de dinero de un importante banco y tenía un año menos que ella. Lo conoció en la casa de unos amigos en común entre fuegos artificiales y copas de champagne. Ana lo intuyó protector y eso le encantó. Apenas sintió frío en el jardín, él apareció con una manta escocesa para cubrirla. Impecable, se dijo divertida. Lo curioso fue que todos los conocidos actuaron de celestinas y nadie levantó ningún dedo acusador por los coqueteos de Lucas en ausencia de su mujer e hijos, que pasaban las fiestas en Miami. Las bromas y la seducción funcionaron como un veloz propulsor para que la relación tomara vuelo inmediatamente. Lucas tenía una pierna más corta que la otra, producto de un grave accidente de moto que casi le había costado la vida. Ana lo miraba renguear con ternura. Cayó rendida a sus encantos y sin red.

En Chile tuvieron unos días de gloria. Excursiones clandestinas a Isla Negra y manos por debajo de la mesa llena de amigos cómplices. Ana jugada a todo, hasta se animó a conocer la casa de Lucas, que, audaz, la introdujo en su cuarto para unas horas de sexo clandestino. La adrenalina de entrometerse entre las sábanas ajenas la enloqueció. Se sabía

una intrusa, pero se sentía ganadora. Husmeó la intimidad de la viajera desprevenida y se untó con sus cremas que descansaban en el baño. Disfrutó como nunca antes de los halagos y de pasearse desnuda por los dominios de otra. Lucas la acariciaba con los ojos y parecía morir por ella. Le repetía al oído que iba a extrañar su cuerpo cuando se fuera, que le encantaría ser libre para volar sobre la cordillera juntos y pasear abrazados bajo los gigantes gomeros de la Recoleta… Lucas le dio bastante al verso y Ana estaba desesperada por creer.

Antes de subirse al avión de regreso a su ciudad, ella ya estaba enroscada en esta historia hasta el tuétano. Harta de una relación fracasada que se prolongaba sin sentido en Buenos Aires, llegó de Chile con el impulso de la energía sexual generada con Lucas para dar el salto y romper definitivamente.

Pasados unos días, ya inmersa en su nueva soltería, Ana se dijo que tenía que olvidar a Lucas. Era un tipo casado, con dos hijos (tenía mellizos) y vivía en el extranjero. No le cerraba por ningún lado. Era otro fracaso anunciado. Hubo algunas llamadas, pero la relación, con pocas raíces, se enfrió con rapidez. La psiquiatra, todos los jueves, la ayudaba a rebajar la angustia de estar sola con una buena dosis de ansiolíticos. Con su gordo gato masticaba, cada noche, su soledad y su creencia de que había fracasado en la vida. No entendía por qué se le negaba lo que a otras se les daba tan fácil: la vida en pareja. Todo eso le quitaba el sueño desde hacía un par de años.

Pero el banquero, mujeriego al fin, volvió a la carga en el mes de marzo. La visitó un fin de semana largo y encendió otra vez la mecha de la ilusión. Llegó cargado de regalos y con muchas ganas de pasarla bien. Fueron cinco días

maravillosos de compañía a full y mucho cortejo sexual.

La psiquiatra se enteró de la visita tarde. No hubiera aprobado lo ocurrido, le reconoció. Así que, cuando Ana se quedó nuevamente sola, tuvo que retomar la terapia con mayor frecuencia. Esta vez necesitó ir tres veces por semana. Estaba más depre que antes.

En mayo cumpliría 38 años y su vida seguía, como en la etapa de la posadolescencia, a los tumbos. Todas sus amigas, con maridos, trabajos e hijos, tenían poca paciencia para sus historias, que consideraban descabelladas. “Opinan y hacen mierda mis conquistas sin ninguna consideración”, explotaba resentida Ana. Un australiano hippie que conoció en un recital era un sucio vividor; un canoso fashionista que rescató por Tinder y la engañó con que era cirujano plástico, demostraba —dijeron a coro— que a Ana no le funcionaban bien los semáforos; un galán que le llevaba la friolera de 28 años y no quería presentarle a su familia revelaba, sin dudas, a un turro fóbico con doble vida; un paseador de perros que no podía pagarle ni un café no merecía la atención de Ana, que era una exitosa arquitecta. Uno a uno, los candidatos eran bochados por sus amigas, en pocos minutos, para pasar a conversar de colegios, viajes, actos escolares y otras nimiedades de sus vidas llenas de todo. Ana, vacía de todo, volvía a su casa cabizbaja. Prendía la tele o ponía Spotify a todo trapo. Hasta quedarse sorda. Necesitaba ruido y compañía urgentemente. El gato la miraba apático. Ella odiaba esa masa de pelos grises que representaba con crueldad su patética soledad.

Su mejor amiga del colegio le repetía como un mantra: “Querida, tenés la brújula afectiva mal imantada. Siempre mirás para el lado equivocado”. Ella estallaba de rabia, pero no decía nada. No se le ocurría cómo defenderse de sí misma.

El recuerdo de Lucas se fue desdibujando y la psicóloga trabajó duro para sacárselo de la cabeza. Ella, a su edad, tenía que pensar en alguna relación posible, decía, buscar un compañero de vida con el que planificar hijos o algo que la ilusionara.

Finalmente Ana se estabilizó. Eso creyó. Estaba sola, había vuelto a querer a su gato gordo y habían pasado ya dos años cuando, una mañana, sonó el celular. Pegó un salto. Se presentó como Rafa. ¿Rafa qué? El hermano de Lucas. Ah. Sí, Lucas, el chileno amigo. Rafa le explicó que Lucas le había dado su contacto para que tuviera alguien conocido en Buenos Aires. Rafa venía a vivir a la ciudad, enviado por una multinacional. El caradura del hermano lo mandaba sin avisar, reflexionó Ana, que quedó demudada. Pero como seguía sola y sin compromisos no le pareció mal darle una mano a este semidesconocido. Quedaron en verse esa noche, en una cervecería artesanal de moda. Rafa tenía cinco años menos que Lucas. Con 33 (ella ya arañaba los 40) estaba espléndido y, para colmo de los colmos, era idéntico a su hermano. Calcado. Mucho pelo, unos rulos atados prolijamente en una colita y una sonrisa envidiable de dientes blanquísimos. Desde el primer momento sintió que era la reencarnación de Lucas. Encima, no era rengo. El mejor sustituto, pensó riéndose. Un sucedáneo infinitamente más perfecto que el original porque, además, era soltero.

Reventó de ilusión. Flotaba. Todo anduvo sobre rieles. En poco tiempo él ya parecía enamorado. Se pusieron de novios formales, él dejó su departamento alquilado y se mudó con ella. Viajaron sobre los Andes, presentaron familias y Lucas se hizo hábilmente el distraído con el pasado pirata. Ella también, pero temía que le hubiese dicho algo a Rafa. Eso le generaba cierto resquemor.

El gato gordo pasó a mejor vida. No lo lloró ni un poco. Libre de mascota al fin, pensó. Aviones para allá, aviones para acá. Vacaciones en la Polinesia. El año y cinco meses que él trabajó en la empresa en la Argentina fue un tiempo excepcional en su vida. Ana creyó que era definitivo. No se animó a hablar de hijos, aunque la corría la edad. “No tenés mucho tiempo más”, le había dicho su ginecóloga, que acto seguido le había sugerido congelar óvulos. No le hizo caso, se reprimió la ansiedad y calló. No quería asustarlo. Tengo que ir despacio, se dijo. Había abandonado la terapia, se sentía feliz y completa por primera vez.

Un día de esos felices ocurrió un llamado inesperado. La multinacional reclamaba a Rafa en casa matriz, era una urgencia. Pensaban darle otro destino. Rafa no explicó mucho más. No se quejó ni rezongó, que era lo que Ana hubiera esperado. Le daban un mes para hacer las valijas y volverse a Chile a aguardar indicaciones. Durante la primera semana, Ana hizo planes en su cabeza. Le divertía la idea de ejercer la arquitectura del otro lado de la cordillera. Se iría contenta, nada la ataba a Buenos Aires. Estaba segura de que Rafa le sugeriría irse con él. Pero Rafa no dijo nada. La segunda semana tampoco dijo nada. Ana ya había perdido el hambre y quería asaltarlo con preguntas y exigencias. Pero los años invertidos en terapia le indicaban que debía tener paciencia. Además, ya había empezado a temer las respuestas que Rafa podría darle. Ese miedo era un pésimo indicio. La angustia y el desasosiego se apoderaron de ella. Algo estaba pasando que no pescaba. Él se mostraba amable, pero un poco más frío que de costumbre. Las excusas eran siempre laborales. Estrés y malhumor cotidianos. Ana entró en pánico. No entendía cómo podía estar todo yéndose a la mierda así, de pronto. ¿Tendría una novia escondida en algún sitio? ¿No quería trasplantar a

Ana a sus pagos? ¿Ella estaba imaginando cosas que no eran? ¿O simplemente se había desenamorado?

Rafa siguió sin hablar. Ana, enmudecida de terror, tampoco lo arrinconó en busca de respuestas. Se les había quitado el habla.

En treinta días la linda historia de diecisiete meses de convivencia había terminado. Fin.

Rafa se fue sin explicar demasiado y con promesas en el aire. No dejó ni una camisa para alguna visita de fin de semana. Se llevó hasta el cepillo de dientes. El día en que se fue, Ana, ojerosa y pálida, estuvo a punto de empujar sus valijas desde el balcón del noveno piso. Le faltó energía y tuvo miedo de matar a alguien. Además, se sentía una cobarde para dar semejante espectáculo.

La tristeza le subía por la garganta y se le enroscó en la lengua, no le salían las frases. No fue ni al aeropuerto. Él tampoco se lo pidió. En cambio, se quedó llorando a mares sobre el acolchado gris que habían comprado juntos en Zara Home, durante su último viaje a Santiago.

Ana se llenó de odio en las noches que siguieron a su partida. No dormía ni comía. Trabajaba como una autómata. Se encontró de nuevo sola y retomando terapia. Ahora ni siquiera estaba el gato.

Con el sustituto perfecto le había salido el tiro por la culata. Con medio ropero vacío y el corazón cascoteado decidió que su amiga de la brújula tenía razón. Que ella no sabía elegir a los tipos. La desconfianza más absoluta le ganó el corazón. Fue a la veterinaria de la otra cuadra y, por consejo de su psiquiatra, se compró un nuevo felino. Tico resultó un gato siamés jodido. Le rompió todos los muebles y le meó las alfombras. Un par de veces la arañó feo y hasta la mordió. Una verdadera tortura en cuatro patas. Con los seres

vivos la cosa no se me da, se amargó en voz alta. Empezó a dejar la ventana abierta con la secreta esperanza de que Tico se fuera sin retorno, como sus breves amores o, mejor aún, de que calculara mal un salto desde las alturas y se estrellara contra el asfalto sin posibilidad de ninguna vida extra. Pero el gato era *carajeado*, no tonto. Jamás se aventuró más allá de la segura baranda del balcón. A los tres meses le dijo a la psiquiatra que se lo regalaba, que no lo aguantaba más; al fin y al cabo, ella había sido la de la idea de comprar otra mascota. Que a ella no le despertaba ningún amor gatuno esa bola peluda y retobada. La psiquiatra, muy seria, se negó rotundamente. Entonces Ana le dijo lo que hacía tiempo tenía ganas, que ella y el gato se podían ir bien al carajo. Y le dejó a Tico en la puerta, ese mismo día, dentro de una caja de mascotas con un moño colorado gigante y una tarjeta escrita por ella: "Gracias por tanto".

Se sintió liberada. Se borró de Tinder, de Happn y demás sitios de citas. Se compró en San Telmo una tremenda brújula que depositó en la mesa ratona del living. Ahora, cada vez que un tipo le tira los galgos, la mira fijo. La brújula, por supuesto, marca el norte. En su departamento el norte está ocupado por la pantalla gigante de la tele. Pone una película de Netflix y se lleva al sillón una bandeja con pochoclos. El abono es mucho más económico que la sesión de cuarenta y cinco minutos con la bochóloga que la esquilmó, se consuela, y encima puede usarlo las veinticuatro horas.

Un ACV para el recuerdo

Nadie supo nada de nada hasta que a Norma le dio el ACV, una mañana, en su departamento porteño de Retiro. Se dio cuenta sola de lo que le estaba ocurriendo. Así que llamó al consultorio a Horacio, su marido traumatólogo, y le pidió que fuera urgente a su casa porque estaba cursando un accidente cerebrovascular. Él corrió con desesperación y llegó al mismo tiempo que la ambulancia. La encontró con un brazo caído y la cara babeada y torcida. La rapidez del autodiagnóstico de Norma le había salvado la vida. Aunque, paradójicamente, eso resultó ser para todos una verdadera pesadilla.

A partir de ahí hubo un gran cambio en los 35 años que llevaban de casados. No sólo por las secuelas físicas que dejó el accidente cerebrovascular sino, sobre todo, por las emocionales que se dispararon como consecuencia de tener demasiado tiempo para pensar.

A Norma le costaba hablar, pero no había perdido un céntimo de su lucidez. De tanto estar en la cama aburrida como una ostra, con terapeutas y enfermeras las veinticuatro horas, empezó a revisar su pasado. La vieja vida en colores contrastaba con su existencia actual en blanco y negro.

A Horacio siempre lo había querido. Con él crió a sus hijos y fue feliz. O modestamente feliz. Sin sobresaltos. Pero hubo una época en que el amor irrefrenable se le había presentado sin más, durante un veraneo. El vecino de la casa de al lado, el de siempre, había empezado a darle más charla de lo

normal. Ella pasaba mucho tiempo sola con sus hijos el verano entero, de diciembre a principios de marzo, en la casona de mar. Horacio trabajaba demasiado y sólo viajaba los fines de semana. Un poco aburrida, pero haciendo de madre perfecta, transcurrían los días entre playa, lecturas livianas y tés a la sombra con las irrelevantes amigas de las vacaciones.

Germán, el vecino, era separado. Con alguna novia ocasional, vivía en la costa todo el año. Mate va y mate viene. Café al mediodía, cuando todos partían a la playa. Algún asado que él amorosamente hacía para el batallón de hijos y amigos de Norma. Germán era inofensivo y amable hasta el hartazgo para todos. Ése es el problema de los preconceptos. Germán era un hombre bien plantado. De eso se dio cuenta Norma, un día de aquéllos, en que él la miró a los ojos y sin decir nada dijo todo. Ella se fue a dormir soñando con él. Poco a poco, el sueño se volvió obsesión. Se levantaba pensando en Germán y se acostaba pensando en Germán.

Fueron muchos días de precalentamiento. Recién a fines de enero él se animó a algo más. Los chicos adolescentes no le prestaban atención. Horacio, el confiado de Horacio, estacionado en Buenos Aires, menos. Jamás habrían sospechado que ella fuera capaz de protagonizar pasión alguna.

Un atardecer de postal salieron a pasear por la playa. Norma y Germán, solos. Se sentaron sobre una lona, en un médano lejos de las miradas. Llevaban mate y cartas. Pero no jugaron solitarios ni matearon. Germán le agarró las manos y la miró sin pestañear. Esperaron que se fuera la luz sin hablar. Un rato después la besó sin pausas. Avanzaron lenta, pero inexorablemente, cada día. Centímetro a centímetro, en el mismo médano protector. Devorados por una pasión que

ellos creían perimida. Él la tocaba, como si descubriera, a esta edad madura, una geografía inexplorada. Piel dulcemente ajada, curvas ya no tan abruptas, pero igualmente sexys. Para Germán y Norma la experiencia les jugaba a su favor. A pesar de la arena que se introducía ásperamente en sus juegos, él no decayó y ella acompañó con sensaciones renovadas. Nada nuevo pero, increíblemente, todo mucho más sabroso que cuando los cuerpos estaban turgentes.

A ella la conciencia empezó a pesarle como una losa, pensaba que merecía el infierno por su deslealtad. Pero las ganas locas de verlo eran violentas. Se sentía de veinte años. No corrían ningún riesgo. Eran en extremo cautelosos. En público ni una mirada desubicada, ni un gesto que pudiera malinterpretarse. La relación de Horacio con Germán también continuaba como si nada.

Los primeros días de marzo Norma se inundó con esa tristeza que supone el fin del verano y de las vacaciones. Era una melancolía profunda, desconocida para ella. La realidad de hacer las valijas la puso de cara a la pared. Desnuda con su conciencia. Esa conciencia que le gritaba que no podía hacerse más la distraída. Se la quería arrancar de cuajo. Sacar a tirones, de los recovecos de su mente, la moral agazapada que insistía en asaltarla. Por más que tironeó no pudo con los lazos religiosos tatuados a fuego durante su infancia. Tenía que resolver su vida. Reapareció, en su cabeza, ese Dios del colegio de monjas, que le decía que lo suyo era imperdonable, que merecía el infierno por sus pecados. Norma enloqueció y elucubró que podría haber venganzas divinas contra sus queridos familiares. Sus inocentes hijos, su ingenuo marido. Se aterró. Tan mortal, pensó, era su pecado que el de arriba le tendría preparado un aleccionador martirio. Se asustó de sí misma y de sus propios remordimientos. Rompió el hechizo

romántico y se dispuso al sacrificio. Puso fin a todo. No hubo cuarto intermedio. Ni medias tintas. Sólo dijo basta.

Aunque su cuerpo dijera exactamente lo contrario, dominaría la lujuria, se prometió. Horacio no se merecía esto. Y ella no era Juana de Arco, no quería una hoguera.

Punto final. Sin beso ni lágrimas. Ni planteos ni explicaciones. Se fue un 10 de marzo, sin despedirse. No se animó a hablarle por temor a flaquear.

Germán, sorprendido, lo tomó como pudo. Le mandó cartas divinas por intermedio de gente amiga, que nunca sospechó el contenido escrito que transportaba. Él rogaba volver a verla. La amaba sin condiciones. Le prometía cuidarla hasta que la muerte los separara. Intentaba sobrepasar las vallas morales tendidas por Norma y sus preceptos.

Ella lloraba a escondidas, pero siguió con la vida preestablecida. "Mártir pero íntegra", se dijo severa. Se confesó con el cura de otra iglesia (no le dio la cara para ir al de toda la vida) y rezó millones de "Ave María" y "Padre nuestro". Hizo promesas de todo tipo, inventó excusas y cambió el lugar de veraneo para no volver a toparse con Germán. No quería entregarse a las tentaciones del cuerpo. Porque, a las del alma, sucumbía todas las noches.

Dos años después, las cartas habían cesado. Ella las tenía bien guardadas y leídas, en un enorme libro de su biblioteca. Escondidas entre estampitas de bautismo y fotos viejas. No había peligro, Horacio jamás revisaba nada.

Pasó el tiempo y se enteró, por una amiga, de que Germán había encontrado una novia más joven. "Me alegro —dijo—, es muy buena persona." Por dentro creyó morir. Fue entonces que se preguntó si no debería haber mandado al carajo tanta religión y a Horacio y haberse escapado a la conchinchina con Germán. La verdad es que no se había animado. La

educación, los valores y toda esa manganeta que te meten en la cabeza te impiden ser libre, llegó a pensar con libertad inusitada. Pero inmediatamente volvió a confesarse.

Hasta que le llegó el tan esperado castigo de Dios: el ACV. Entonces se enojó con el Creador, aquel que la había refrenado en sus pasiones terrenales. Norma, atada a su cama, se rebeló. ¿De qué había servido su martirio si Dios le había enviado igual este derrame cerebral fatal? Su cabeza era un remolino imparable. Decidió enfrentarse a todos los mandamientos y releer las cartas de Germán. Pero ahora no podía hacerlo sola. Se le ocurrió pedirle ayuda a su hija menor. La más joven, la más moderna, la que entendería sus pecados. Sólo tenía que buscarlas en el libro y ponérselas en el atril improvisado para leer el diario.

Pero la hija no pudo escuchar ni la mitad de la historia. Le dio una patalateta de novela. Le dijo que su padre la cuidaba. Que cómo podía ser tan desconsiderada. Que no le iba a bajar ninguna carta y que se comportara como una persona seria. Que el ACV no le daba derechos para mandar todo a la mierda. Que el infarto cerebral le había afectado el pudor y que la impunidad que le daba la enfermedad la gobernaba. Que si encontraba esas cartas las iba a quemar como a Juana de Arco. Norma reparó en la paradoja, no era ella la que moriría en el fuego sino las amorosas letras de su adorado Germán. Un Germán agigantado en la imaginación que provocaba su desgraciada existencia en horizontal.

Esa noche, Norma se quedó sin lágrimas de tanto llorar. Lloraba por la imagen que se habría hecho su hija de ella. Pero lloraba, sobre todo, por no poder releer sus cartas de amor. Germán la había querido mucho. Y quizá podría haber sido muy feliz con él. ¡Cómo saberlo!

Poco tiempo después de esto, Horacio murió súbitamente.

Sin previo aviso partió dejándola absolutamente sola en su purgatorio y con el corazón helado. El infierno, se autoflageló, es esto que me toca. Lo tengo muy merecido. La culpa hizo que pidiera, otra vez, un cura confesor. Creía haber matado a Horacio con su malos pensamientos. El cura la consoló a medias. Un infarto es frecuente, le dijo harto de tanta culpa inútil a estas alturas, y los deseos no son tan poderosos. Ella volvió a llorar cuando se fue, mientras las enfermeras le sonaban la nariz.

Su ex amante Germán no se había enterado del derrame cerebral ni de las secuelas en su cuerpo. Mejor que no lo supiera jamás. No podía ni hablar por teléfono con él por sus propios medios. ¿Qué podría decirle? Ya no había nada. Ni cuerpo que encender ni abrazos para devolver. Su vida anterior estaba acabada. La maldición de sus deslices la perseguía, se torturó. Así que decidió que lo mejor sería irse cuanto antes de ese cuerpo que ya no le daba más que disgustos. Pero la partida final se demoró un poco. Era otra cosa más que ella no podía decidir.

Justo al año de la muerte de Horacio, Norma lo homenajeó yendo a buscarlo: se murió sin aspavientos. “Creer o reventar”, decían los hijos. “¡Cómo extrañaba a papá!”, repetían. “¡Se querían tanto que tuvo que morirse el mismo día!”

La menor cerró la boca con fuerza. Tragó la rabia, pero le emergió la intriga. No resistió la tentación de buscar y guardar las dichosas cartas de Germán a su mamá. Pero no las abrió.

Las cartas la acompañaron, desde entonces, en cada mudanza. Eran su mochila. Pasados muchos años, un día la curiosidad la pudo. Ya tenía tres hijas y dos nietos. Con tanta vida sobre sus hombros había decidido perdonar del todo a su

madre y a sí misma por su dureza con ella. Ya nada se le antojaba tan terrible. Más bien le parecía una inocente y descabellada historia con trágico final. En unas largas vacaciones en la casona heredada, finalmente se animó y sacó los diez y seis sobres amarillentos que había llevado. Se tomó una tarde entera sentada en la galería y leyó una a una las hojas escritas con letra enamorada. Lloró más que nunca. Entendió perfectamente a su madre y que el amor no es una cuenta matemática perfecta. "Puede irrumpir y ser inoportuno", se dijo, como una bala inesperada. Y empezó a tararear una canción de Silvio Rodríguez: … "una luz cegadora, un disparo de nieve, ojalá por lo menos que me lleve la muerte…".

Mirando el jardín, recordó que Germán había abandonado el verano anterior la casa vecina para siempre. Un infarto masivo. Sintió compasión y angustia por aquel anciano que nunca había sabido de los dilemas provocados por sus escritos ardientes ni de los estragos del ACV sobre su amada Norma.

A veces, en la vida, el entendimiento pleno y la compasión llegan irremediablemente tarde.

Adolescer hasta la muerte

Estela detesta a los adolescentes. Trabaja con ellos desde hace años. Darles clase de literatura cada día es un suplicio. Hacen chistes obscenos. Jamás llegan con la tarea terminada. Están desparramados y desarrapados sobre los bancos del aula. Nada, que no sea una pantalla luminosa, les interesa demasiado. “A los bonitos chicos de ayer les creció la nariz de un día para el otro, se llenaron de asquerosos granos y, lo peor de todo, huelen mal”, se dice harta. En la sala de profesores se despacha a gusto diciendo que sus alumnos parecen pollos desplumados de los que emergen desagradables piercings de orejas, labios y lenguas. No entiende por qué este colegio tan exigente permite tantos desarreglos de conducta. Estela, a sus 47 años, no está para nada de acuerdo con las licencias actuales de los establecimientos educativos, siente que carece de autoridad y que los nuevos empoderados del sistema no merecen tantas libertades. Con los varones es peor que con las mujeres. No tienen ningún pudor con los pedos ni los eructos. Constituyen un verdadero desafío a la tolerancia. ¡Si tan sólo pudiera darle un buen cachetazo a ese gordito con copete verde del fondo! Es un maleducado consumado… ¿Sus padres no le habrán dicho que en clase no se tiran gases íntimos? “Infumable, inmundo, incorregible…”, repite atónita a sus colegas.

Esta nueva generación le rompe los nervios. Pero este año

apareció un alumno diferente. Prolijo, educado, que se sienta en la segunda fila y la mira con atención. Se llama David y le interesa la literatura. Eso le alivia el día y mejora su humor. Dice que va a ser escritor. "¡Por fin se me da una!", reflexiona Estela.

Así fue que empezó a preparar clases más interesantes, sobre autores más complejos. Mientras los demás papan moscas, David cosecha la atención de su profesora. Es el único que se concentra en lo que ella dice, que pregunta, que se conmueve con un texto.

Poco a poco, la relación de Estela y David va asentándose. La profesora y el alumno. La guía y el guiado. Educadora y educando. Estela vio entera la serie española *Merlí*, para sentirse a la altura de los chicos. "Inspiradora", se dijo. David le pide consejos sobre qué leer o sobre cómo ve el texto que escribió; ella lo instruye. La clase de cuarenta minutos resulta demasiado corta. Así que pactan reunirse una vez a la semana para profundizar temas. Literatura inglesa, novela negra, los clásicos rusos, ensayos… pasan por todos los rubros buscando las preferencias de David. La cita quedó establecida para los jueves por la tarde, en la casa de Estela, a siete cuadras del colegio. Su marido trabaja en su estudio jurídico y no vuelve jamás antes de las ocho de la noche. Sus dos hijos van de sus respectivos trabajos directo a la facultad y llegan para comer, justo a las diez. David encara el desafío encantado. Tiene 17 años, pero parece de muchos más. Si bien para sus compañeros es un poco nerd, es inteligente y un estudiante voraz. Habla inglés, alemán y francés a la perfección. Su padre es un diplomático de carrera y su madre acompaña en las mudanzas. Una hermana mucho menor completa el cuarteto familiar de David.

Estela le toma cariño. Mucho cariño. Él levanta su

autoestima con su interés genuino: David la admira con devoción. Ella presiente, no es tonta ni distraída, ese típico enamoramiento hacia el adulto que despeja el camino del conocimiento. Pero les resta importancia a sus miradas arrobadas. Se dice que no tiene tiempo para reflexiones superficiales. Que ya se le pasará el encanto a David cuando descubra que ella es una mujer que está pisando las cinco décadas y empiece a ver con deseo a las de su misma edad.

Transcurridos dos meses ella empieza a percatarse de que su vida gira alrededor de este interludio de los jueves. Disfruta como nadie de esa hora y media. Una noche se sorprende de su propia imaginación y se preocupa. Está fantaseando con David justo antes de caer rendida al sueño. La placentera conducta se le vuelve adictiva cada noche… ¡Qué absurdo! ¡Tan chico! Intenta reprimirse —se quiere autoconvencer—, pero las fantasías se le disparan y no le dan tregua. Está como rejuvenecida, le dicen todos. Ella sonríe como si fuese una broma. “Mejor que la toxina botulínica o el ácido hialurónico”, se confiesa a sí misma muerta de risa. Su actitud más juvenil y risueña y su renovada forma de vestir la están delatando… pero resulta que nadie es tan mal pensado.

En el mes de septiembre, un día de lluvia tremendo, desbarrancaron. Iban desde el colegio a la casa de Estela, bajo el mismo paraguas azul, abrazados para no empaparse. A Estela el contacto la prendió fuego. A él ni que hablar. No podían despegarse. Al poner la llave en la cerradura del departamento, David cubrió con su mano la de Estela. Se paró el mundo. Ella deseaba que el encargado del edificio no hubiera visto nada. Estaba feliz y aterrada. Una vez dentro, le acercó a David una toalla de baño para que se secara. Ella lo ayudó a pasársela por el pelo empapado. David aprovechó un descuido y torpemente la besó. Una audacia sorpresiva. Su

ímpetu desbocado fue conducido por Estela, una mujer experimentada. Lo enloqueció adrede. David, drogado por sus hormonas, avanzó ciego. Sin remedio, los dos se revolcaron en el sillón del living. El mismo sillón donde, todos los días, el marido de Estela veía el noticiero. El arrebato a ella le pareció sublime. De ese jueves en adelante, no hubo más literatura. Lo que empezó a ocurrir era menos clásico y más carnal. Ella tenía treinta años más. Era madre. Era casada. Él era alumno. Era menor. Era hijo de un señor importante. Ella era adulta y pedófila. Él era deseable para ella. La moral perdió el claro contorno que solía tener para Estela. Atinó a recordar el caso del presidente de Francia, Emmanuel Macron, y su mujer Brigitte, casualmente también profesora de literatura de un secundario. Como ellos, se habían conocido en clase y ella le llevaba 25 años. Misma historia, se dijo. Le pareció un salvoconducto perfecto por si el amor prosperaba y ella tiraba todo por la borda. Pero ¿de qué vivirían? ¿Tendría que dejar de dar clases en el colegio? ¿Sus hijos le volverían a hablar alguna vez? ¿Y si a él se le pasaba el berretín adolescente, se aburría y buscaba a alguien de su edad? ¿Sería demasiada la diferencia física? ¿Notaría David el deterioro progresivo de su cuerpo envejeciendo? Pensaba en Macron y su mujer... y deliraba. A ellos les había ido tan bien. Nadie fue preso y él llegó al puesto máximo de poder. Estela estaba perdiendo contacto con la realidad.

En clase disimulaban bien. Ella seguía siendo la profe aburrida; él, el alumno nerd que tomaba lecciones particulares con ella para ser escritor o guionista de cine. Nadie había leído la historia del presidente de Francia, se reían ellos cómplices sobre el sillón del noticiero. Sus compañeros eran una caterva de vagos iletrados, repetía el alumno modelo. David había aprendido demasiado de sexo.

Se había vuelto audaz. Fantaseaban con escaparse un fin de semana para ser totalmente libres.

La familia de Estela sabía del alumno de quinto que iba a su casa a estudiar, pero no les llamó la atención. La de David estaba feliz de que él se abocara con tanta intensidad a la literatura. Los planetas parecían alineados para permitirles lo prohibido un tiempo más. Pero cuando el año se cuenta de jueves en jueves, son escasos los días para los amantes. Cuando ya quedaban unas pocas citas antes de las vacaciones, Estela empezó a perder la calma. Temía que el calor enfriara la relación. Un enero adolescente en la costa, entre boliches y tragos, podía destruir lo construido. Pero no hubo que esperar tanto.

Lo que ocurrió a continuación no fue planeado. Ni esperado por Estela.

David se comprometió, con sus compañeros, a ocuparse de la organización de la comida de gala de fin de quinto año. Se recibían y había mucho por hacer. Tenían tres semanas. Los lunes, martes y miércoles empezaron a juntarse en la casa de Olivia. La rubia hueca que todos los años se llevaba varias materias.

El primer jueves que David no fue a la casa de Estela puso una excusa tonta, y coincidió con la primera semana de reuniones con sus compañeros. Estela no se alarmó demasiado. Lo extrañó sentada en el sillón mirando cualquier cosa. Estaría cansado, se tranquilizó. No podía temer la competencia de esas *niñatas* sin cultura, se dijo frente al espejo del hall. Miró sus esculturales piernas, que tanto le gustaban a David, pero vio también su cara arrugada y preocupada. Qué mierda la edad, repitió dos veces haciendo trompita frente a su reflejo. David valoraba la formación académica y, además, el sexo superexperimentado. No tenía

que desconfiar, concluyó.

Se equivocó de cabo a rabo. David cayó rendido a los pies de Olivia desde el primer día. Murió de amor con sus comentarios vacuos y su risa joven. Disfrutó en su casa de las tostadas llenas de miel que se chorreaban por sus manos y, con audacia aprendida, le chupó los dedos frente a todos. Olivia, derretida. Sus compañeros ruidosos festejaron lo que hizo. Por primera vez, David se sintió aceptado por ellos. Encajaba. Algo había cambiado que ahora lo buscaban. Olivia descubrió que David era seductor, varonil y educado, había aprendido mucho en estos meses. Se enamoró perdidamente. En dos semanas se pusieron de novios. Chau jueves. A David ni se le ocurrió pensar que Estela estuviese dolida. Ni vio sus ojos con el rímel corrido en clase. Ni sospechó sus deseos y angustias. Ni se ablandó por sus sorprendidos mensajes de WhatsApp. No tenía más miradas que para Olivia. Estela parecía haber ocurrido en el siglo pasado. Era una mujer casada y con hijos. “Simplemente fue”, se dijo. Y pasó la hoja.

Estela cayó en una profunda depresión. Ese verano decidió que renunciaría al colegio y buscaría otro. En su familia no le dieron demasiada importancia. Pero Estela no manejaba sus pensamientos oscuros. Había perdido la alegría. Se sentía vacía. Su casa le recordaba a David. No soportaba la ausencia en el sillón de su marido y no podía compartir su amargura. ¿Quién la entendería sin escandalizarse? ¿Su madre? ¿Sus hermanas? ¿Sus amigas? Nadie.

El verano la encontró vagando por las estaciones de subte. Bajaba a las profundidades en pleno día para ocultarse del rabioso sol que prometía alegrías que ya no habría. Se sentía mejor bajo tierra, sin tanta luz alumbrando su desdicha. Ese mundo subterráneo la atraía. El olor característico, lo efímero de los contactos, el vaivén de la vida. No podía dejar de

pensar que querría tener la valentía de saltar justo cuando entraba, imparable, la máquina de hierro.

Le llevó dos años juntar el coraje. El día en que saltó a la vías el sol estallaba sobre la ciudad. Nunca nadie se enteró del último desamor que la condujo escaleras abajo con tanta desesperación. “Era muy depresiva”, repitieron no sin alivio sus familiares. “Hacía tiempo que a Estela no le funcionaba bien el coco”, asintieron sus ex compañeros de trabajo. Del corazón, su corazón, no habló nadie.

David, que ya va por su tercera novia, no sabe todavía de su muerte. Quizá ni le importe.

Matrimonio violentamente fugaz

Mickey y Lucía se casaron *comme il faut*. Vestido blanco, participaciones a amigos y parientes, fiesta en un club muy paquete, torta de bodas y ramo al aire para que las invitadas apostaran a ser la próxima. Ella no se casaba embarazada, él ya tenía un trabajo respetable en una consultora y lo hacían después de un año prudencial de noviazgo. Las familias, felices. Ese día salió como lo esperaban: perfecto. Mickey impecable, con el jacquet y sus gemelos de oro blanco. Lucía, espectacular con su tocado y su escote strapless. Durante la fiesta los revolearon por los aires mientras los padres aguantaban el miedo de que no los atajaran. Terminaron bailando en patas en el jardín y alcoholizados. Todo muy normal.

Lo que no fue normal vino después. Días más tarde, en Nueva York, durante la luna de miel.

Buen hotel, en una ciudad para ellos ya bien recorrida en viajes anteriores. La idea era disfrutar de la movida, comprar cosas lindas para la casa y pasar unos días de playa en los Hamptons. La primera parte de la luna de miel fue sobre ruedas. Compraron sábanas de algodón egipcio, doce copas espectaculares para vino que no tenían ni idea sobre cómo las embalarían para transportarlas, una notebook de última generación para él y maquillaje para ella. Alquilaron un auto para los días que irían a los Hamptons. Allí pararon en un hotelito soñado sobre el mar, cerca de Montauk. Idealizaron

la tranquilidad y empezaron a fantasear con pasar algún verano boreal en esas playas con sus hijos. ¿Hijos? ¡Qué loco que ya pensaran en eso!, se dijo Lucía enternecida. Eran jóvenes, pero no tanto. Llegando a los treinta había que hacerse a la idea de que iban a tener varios y muchas responsabilidades. Entre tantos planes soñadores, Lucía notó que Mickey estaba un poco controlador con los gastos. Pensó que quizá era por todo lo que llevaban desembolsado con el casamiento. Mucha plata pusieron mis viejos, se consoló para seguir de shopping tranquila. Además, trabajaban los dos. Aun así se sentía observada con lo que compraba. Él empezó a objetar sus adquisiciones, eso la ponía incómoda. De golpe, un día, se encontró extrañando la libertad de estar con sus amigas. Mickey se quejaba de esperarla, tenía que apurarse siempre y, si aparecía con alguna bolsa, la inspeccionaba. ¿Un vestido de noche? ¿Para ir a dónde? ¡¿Otro tapado?!, en Buenos Aires tenés montones. ¿Más pinturas?, seguía protestando sin saber cómo llamar a todos esos frasquitos indispensables "que se usan para tener la cara impecable", tuvo que justificarse ella. Es agotador viajar así, se dijo Lucía, pero serán cosas de la vida de casados.

Al volver a Manhattan desde la playa y después de entregar el auto alquilado, Lucía le propuso a su flamante marido ir a ver unos edredones de plumas de ganso para su nuevo hogar. En Argentina no se consiguen de tan buena calidad, le explicó confiada. Mickey puso mala cara. Explotó y le dijo directamente que parara de gastar. Que no necesitaban ningún edredón, que comprara los sintéticos y baratos en Buenos Aires. Que él iba a hacer una lista con todos los gastos que enfrentarían, porque ella no tenía idea de cómo llevar adelante una economía familiar. Lucía sintió, por primera vez, que su Mickey era otro. No le gustó nada la forma tajante

con que se lo dijo ni su determinación para sacarla de la cancha respecto de las decisiones sobre cómo gastar el dinero. Él remató la discusión con una frase lapidaria que lo delató: "Vos con tu sueldito de mierda de la agencia de publicidad no vas a poder pagar ni un jardín de infantes ni la prepaga. Así que dejate de boludear comprando edredones de plumas".

Se sintió agredida. No le salió una palabra. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se le hizo una bola en la garganta que le impedía respirar. Pero se esforzó por no llorar. Tuvo ganas de hacerse un ovillo y meterse en su cama de soltera que estaba a ocho mil quinientos kilómetros de distancia. Fue ahí que percibió el principio de la rajadura que acababa de abrirse entre ellos. Tuvo el vértigo de asomarse a un abismo.

A la noche siguiente fueron a tomar unas copas a un bar del Meetpacking. Estaban sentados a media luz, después de varios tragos y aturdidos por la música, cuando un norteamericano rubio y grandote se acercó a ella y le dijo algo al oído. Ella no le entendió. Estaba claramente borracho. Lucía se rió y aprovechó para poner una sonrisa coquetona. Pensó que si Mickey sentía un poco de celos quizá relajara con el asunto del control económico. Enseguida se dio cuenta de lo mucho que se había equivocado. Mickey enloqueció de una. Se le transformó la cara y empezó a gritar desaforado. ¿Qué te dijo ese hijo de puta? ¡¡Decime qué carajo te dijo, decime!! ¡Lo voy a cagar a trompadas!. Y, sin esperar respuesta, se le fue al humo al gigante rubio, que estaba parado en la barra con los ojos chispeados. Trompada va, trompada viene. El norteamericano estaba con amigos. Así que Mickey se llevó más piñas que el borracho y terminaron todos detenidos y golpeados.

Linda forma de estar pasando una luna de miel, pensó Lucía, pero se guardó muy bien la queja y sintió que todo era

su culpa, porque había sonreído. Soy una boluda total, se recriminó.

Superado el conflicto policial, la tensión entre ellos dos siguió en aumento. Él se manejaba como si fuese su dueño. Un dueño desconfiado y violento que sospechaba de todo hombre que le arrojara una mirada. Lucía no era una belleza, pero tenía altura, buena figura y era joven. Suficiente para que cualquier tipo al que le gustan las minas la contemplara. El control de Mickey era permanente. El miedo de Lucía a que él se calentara y desatara otro escándalo policial de proporciones, también.

La luna de miel, por suerte, estaba llegando a su fin. Era una verdadera tortura. Cero disfrute, se reconoció Lucía. Entonces, decidió enfrentarlo para ver si podían remontar las cosas y pasarla bien los últimos dos días. Esperó el momento. Fue por la mañana, en el cuarto del hotel. Trató de hacerlo dulcemente, de explicarle que él no tenía que dudar de ella, que no pasaba nada porque un tipo la mirara, que ella se había casado muy enamorada de él. No alcanzaron los razonamientos suaves, la conversación se salió del carril normal y fue subiendo de tono. A cada cosa que ella decía, él escalaba un poco más. La voz de Mickey se volvió chillona y se puso muy agresivo. Que ella provocaba con el escote; que las minis que se ponía eran intolerables; que él era el hombre y tenía que hacerse cargo de que los tipos no se la quisieran levantar; que si ella era estúpida y no se daba cuenta de lo que provocaba en los demás; que no iba a permitir que le tomaran el pelo ni le faltaran el respeto. A los gritos pelados. Lucía, descompuesta de vergüenza, temía que llamaran de la recepción por el escándalo. Entonces, le vinieron a la mente algunas escenas del año de noviazgo, cuando Mickey decía románticamente que cuando se casaran él sería “su dueño”.

Otra vez, le había pegado un empujón y la había tirado adentro del auto. Él se excusó diciendo que había visto a unos tipos sospechosos y que había tenido miedo de que los asaltaran. En realidad venían discutiendo de algo del departamento que iban a alquilar. Lucía quiso creerle. Pero le había quedado clavada la espina de la duda. En otra ocasión, durante una pelea por una amiga de Lucía que a él no le gustaba, a Mickey se le cayó al piso la fuente inglesa de su abuela llena con fideos con salsa. Lucía podría haber jurado que él la tiró a propósito, pero él aseguró que se le había resbalado de las manos. Quedó ahí. Ella limpiando la cochambre en cuatro patas y él haciéndose el distraído. Ahora todas las piezas encajaban velozmente en el rompecabezas de Lucía. Él se mostraba poderoso y ella se sentía arrinconada contra la banqueta, a los pies de la cama de hotel. Le pidió que se serenara, que parecía un loco con tanto grito. Ésa fue la gota que colmó la paciencia de Mickey. La palabra “loco” le desató la locura. Levantó la mano y la descargó con toda su fuerza sobre la cara de Lucía. El cachetazo le retumbó en los oídos y le hizo sangrar la nariz. Quedó desorientada. Se tocó la cara y la boca, sintió que un diente se le movía. “No se te ocurra nunca más decirme que me calme, calmate vos, putita”, le dijo ronco mirándola fijo y agachado a la altura de ella, que estaba sentada en la banqueta, desorientada. La levantó en el aire de un brazo y la empujó, andá al baño y secate la nariz que vas a manchar todo y nos lo van a querer cobrar.

Temblando, Lucía obedeció. Le dieron náuseas y vomitó en el water con la puerta entreabierta. Él la miraba fijo sacudiendo la cabeza. Lucía se limpió con manos temblorosas e hizo un bollito de papel higiénico y se lo metió en el agujero de la nariz del que caía la sangre. Bajó la tapa del

inodoro, se sentó y tiró la cabeza para atrás. Ya dejaría de sangrar, se decía sin poder pensar en nada.

No hubo ni un sí ni un no en los días que quedaban. Ella tartamudeaba respuestas. Él pisaba fuerte y se mostraba seguro de que había puesto las cosas en su lugar. Lucía ya no compró más. No se animó ni a buscar los regalos que faltaban para sus padres. Tuvieron relaciones, no se atrevió a negarse. Se sentía vacía. Simuló pasarla bien. Mickey, como siempre, se ocupaba de él. Lo sexual era un trámite. Él no le pidió perdón, como dicen que hacen los golpeadores, sólo se hacía el amable galán. La aparente sumisión de Lucía lo exasperaba. Ella notaba que buscaba cualquier excusa para volver a cachetearla. No quería darle ni medio motivo. A Lucía jamás nadie le había pegado. Así que, virgen de violencia, no sabía qué cuernos hacer. La cabeza le giraba a mil revoluciones por segundo. No volvió a sentir amor ni deseo. Sólo comenzó a inundarse de odio. Hubiese querido golpearlo. Matarlo. "Ahora entiendo que alguien pueda asesinar", se sorprendió pensando con una recién estrenada ira. "Si me vuelve a tocar este idiota violento quisiera tener un arma para pegarle un tiro en el medio de la frente", se dijo espantada de sí.

Se subieron al avión de vuelta como pudieron. Él aparentando normalidad, ella como ausente. Él hablando de pavadas. Ella esquivándolo. No pegó el ojo esa noche; las turbulencias las tenía por dentro.

Al llegar al aeropuerto estaban los padres de Lucía esperándolos llenos de sonrisas para llevarlos al departamento a estrenar. Cama, vajilla, mesa, sillones… todo aguardando a sus flamantes propietarios, que llegaban sin edredón ni corazón.

Ella desembarcó pálida. Sus padres lo notaron. Preocupados, le preguntaron si se sentía mal. Dijo que no. Se

sentaron en el auto y acomodaron las valijas en el enorme baúl. Salieron de Ezeiza envueltos en un silencio incómodo. Aunque el más incómodo de todos era Mickey, que ya tenía ganas de cachetear de nuevo a esa estúpida por hacerse la mosquita muerta y montar un espectáculo victimizándose. Lucía lo violentaba, se dijo, para qué mierda me casé con esta mina malcriada.

Pasando el peaje Lucía sacó fuerzas y dijo en voz baja, pero firme:

"Viejos, me separo. Me voy con ustedes a casa. Que él haga lo que le dé la puta gana. El depto se desarma aunque perdamos el depósito del alquiler. Y como que éste —lo señaló sin mirarlo ni nombrarlo— diga algo le meto una denuncia por violencia de género".

Mickey se quedó tan helado como los padres de Lucía. Nadie habló más y él se bajó con su valija en el departamento en el que ya no vivirían.

La sumisa no tan sumisa, la mosquita muerta ya no tan muerta, había hablado a tiempo. Se había empoderado. Y colorín colorado, esta historia de desamor, gracias a Dios, se ha terminado.

El marido de la mejor amiga

El día en que Martha y Eduardo se casaron ya llevaban veintinueve años conviviendo. El casamiento era el corolario para una pareja larga en el tiempo con tres hijos ya mayores y viviendo por su cuenta. En la mesa principal del coqueto salón de fiestas, una casona antigua en el mejor barrio de la ciudad, se sentaron los novios con siete invitados más: los tres hijos con sus respectivas parejas y una amiga de toda la vida, Adela. Eduardo, el novio que peinaba canas, quedó en el medio. De un lado, su recién legalizada mujer y, del otro, Adela, la amiga "fiel" de Martha, a quién él acariciaba las piernas por debajo del larguísimo mantel de lino blanco.

En todas las familias se cuecen habas. Y acá lo que crecía era un flor de engaño que, a los protagonistas del ilegal romance, les generaba las mariposas en el estómago que extrañaban de la lejana adolescencia. Martha, al margen de toda sospecha, disfrutaba esa noche de su papel protagónico de novia cincuentona. Rodeada por sus seres queridos, pensaba que era el momento más feliz de su vida. Consagratorio.

Adela, la íntima, la de comunión dominical, la santurrona medio abandonada que no se maquillaba mucho ni usaba escotes, no sentía ni un poco de remordimiento. Después de todo, ella llevaba demasiado tiempo sola y se merecía un poco de amor de pareja. Además, Eduardo el conquistador, que la había ayudado con su propia separación mudando sus

muebles al dos ambientes, le había confesado que nunca había estado muy enamorado de Martha, pero que había decidido casarse para darle un marco legal a la convivencia. Y por sus hijos, claro.

La desvelaba un poco pensar que Martha podría enterarse y armar revuelo, sobre todo si la relación avanzaba y ellos daban ese paso extra que ella le pedía a él todos los días. Sería el acabose para la relación de confidentes de las dos amigas. Pero Adela ya había elegido hacía rato. Su nueva Meca era Eduardo. Marta le importaba un reverendo bledo. Y las demás amigas con las habladurías… "va fangulo", se decía todo el tiempo, ahora me toca a mí ser feliz. No había sermón de misa de domingo que pudiera con esa determinación de apropiarse de Eduardo. Se sentía liberada de ataduras mientras estuvieran juntos. Después de todo, ella pensaba que Martha era una reverenda egoísta, no la quería ni un poco. "Me usa como paño de lágrimas, no me pregunta jamás cómo me siento tan sola y, cada vez que sospecha que Eduardo busca consuelo en otra cama, viene llorando con sus lagrimitas de cocodrilo", se repetía Adela justificando su deseo. Siempre le había reventado la pose de inocente víctima de Martha.

A Martha la intuición no le funcionaba demasiado. Creía en su amiga y en su afecto incondicional, hacía años que le contaba absolutamente todo. Le pedía consejos y su oreja a cualquier hora. Para contarle sus desvelos cuando Eduardo llegaba a las cuatro de la mañana con la ropa al revés o con el saco oliendo a un perfume que ella no usaba. O para desahogarse cuando él se hacía sus escapadas de fin de semana con amigos, esos viejos piratas parranderos, quién sabe adónde. Adela la consolaba en sus rabietas y llantos cuando él mentía y Martha se sentía impotente. Eduardo

jamás reconocía nada, a pesar de las amenazas de Martha de dejarlo. Todos sabían que eso nunca ocurriría. Martha no lo abandonaría jamás. Las escenas dantescas y las peleas se escuchaban en todo el edificio. La borrachera de él tampoco servía de disparador de verdades. El conquistador Eduardo sabía guardar secretos, aun con 1.8 de alcohol en sangre. Nadie desconocía las debilidades del galán entrado en años y todos confiaban en la fortaleza de Martha para soportarlo.

Hacía meses que entre Adela y Eduardo, entre sus cuerpos un poco añejados, se había desatado la furiosa necesidad de mezclarse sin reglas. “La pasión no es privativa de las pieles jóvenes”, se decía Adela,

que contaba con la tremenda ventaja de saber exactamente cómo actuar con Eduardo. Qué le gustaba y qué no, en la mesa y en la cama. Qué lo excitaba y por dónde andaban sus ratones. Qué lo enojaba y qué lo divertía. No desaprovechó las intimidades que le relató Martha durante tantos años. Sabía que él prefería las relaciones mañaneras a las nocturnas. Que le gustaba darle chirlos mientras se encamaban y la ropa interior bien de puta. Todo eso que a Martha le espantaba. Les sacó el jugo a esas confesiones y avanzó sin pruritos. Aplicó, con excelentes resultados, el manual sexual que le había sido revelado ingenuamente por Martha. Ella, la solita, la pobrecita, la gordita inofensiva, se convertía en la separada alegre en el dos ambientes, en la geisha que Eduardo quería para renovar sus pasiones desbocadas.

Adela se jugó el todo por el todo. Eso le costaría el cien por ciento de sus amistades.

Una tarde de agosto, seis meses después del casorio, estalló la bomba. Martha había olido algo. Unas evasivas de Adela, ahora la alegre, sobre con quién estaba saliendo. Y unas

persistentes coincidencias de horarios en que no podía hallar ni a su marido ni a su amiga terminaron por inquietarla. Un alerta que primero consideró paranoide y se autocensuró. Pero luego, después de comprobar la preocupación de Eduardo por resolver un tema de plomería en el departamento de su amiga Adela, resolvió consultar con otra amiga en común, María. Martha le preguntó si le parecía normal la situación. Si María no había visto nada y si lo creía posible. La amiga en cuestión se quedó de piedra, pero le dijo que no le parecía descabellado teniendo en cuenta el ADN multitarget de Eduardo. Ella también sospechaba de las nuevas ínfulas de Adela y de sus actitudes sobre el misterioso hombre que había aparecido en su vida y que nadie conocía. Todas querían que lo presentara, pero ella se negaba inventando historias inverosímiles. María, con sus reflexiones, le terminó por confirmar lo que ella no quería terminar de ver.

Por eso, esa soleada pero fría tarde de sábado, cuando Eduardo llegó con sus palos de golf al departamento y empezó a enjuagarlos en el lavadero para sacarles el barro, Martha se paró al lado distraídamente. Lo encaró como pudo mirándose la punta de los pies. Tenía puestas unas botas verdes con flecos. “Qué lindas son —pensó—, me quedan cómodas.” Y lo que venía mascullando salió a borbotones, desordenado… que tal día dónde estaba, que aquella noche ¡por qué había ido a lo de su amiga en vez de llamar al plomero!, que lo notaba demasiado preocupado por lo que le ocurría a Adela, que ¡qué mierda estaba pasando! Él mudo con expresión de nada; ella, reventando de rabia, subía cada vez más el tono. Eduardo lavaba el hierro siete con la rejilla blanca de la cocina, cosa que ella odiaba. “Los platos con el barro no se llevan”, pensó furiosa. Martha subió la mirada de

sus botas con flecos al palo que Eduardo manipulaba. Ahora veía el numerito siete moverse maníacamente entre los dedos de su marido y fue ahí que escuchó la confesión no esperada, que la dejó alelada: “Me enamoré de tanto consolarla, me daba lástima”.

Lo dijo con tal falta de empatía y desparpajo que parecía una joda. Eduardo confesaba sin el menor tacto y prudencia lo que siempre había negado. Que sí. Que quería irse a vivir con Adela. Que sentía lo que hacía tiempo no sentía con ella. Que Adela no le rompía las pelotas con nada. Ni con la rejilla blanca, ni con la mugre de sus palos. Martha sintió como que el cuerpo se le ahuecaba por dentro, que los sonidos de las palabras de Eduardo llegaban desde lejos. Miró la bolsa de palos Taylormade, que le había regalado para su último cumpleaños, mal apoyada sobre la pared. Está sucia en la base, se dijo, tiene pasto. Suavemente estiró la mano y agarró el hierro nueve, el que tiene la cabeza más ancha. Estaba sucio, su marido no lo había limpiado todavía. Mientras, Eduardo seguía con el palo siete mirando obsesivamente las ranuritas. Estaba quitando con la uña de su índice el barro restante. Ni siquiera la miraba. Martha se sintió un mueble. Como si su tristeza infinita fuera transparente. No le salían lágrimas del estupor que la invadía. Martha no sabía jugar al golf, pero levantó bien alto el hierro, como tantas veces lo había visto hacer a Eduardo en el swing de práctica, con las dos manos y girando los hombros. Y lo bajó con una fuerza descomunal para golpear esa pelotita amarillenta que estaba olvidada en el piso. Pero en el finish, en cambio, le dio de lleno a la cabeza de Eduardo, que llegó a mirarla desconcertado antes de caer redondo.

Mucha sangre y la humanidad de Eduardo desparramada sobre el porcelanato gris hicieron que llamara al 103. Dijo

que era una emergencia. No recuerda mucho más. No sabe en qué momento llegaron la ambulancia, la policía, sus hijos. Ni quién abrió la puerta. Hasta Adela, ignorante de la confesión, se presentó en su casa. “Qué tupé”, pensó Martha, y la ignoró, como a todos. Eduardo fue directo a terapia intensiva al hospital; ella, a la comisaría.

Eduardo tuvo conmoción cerebral, le reventó una vena y tuvieron que sacarle un coágulo del cerebro. Más de un mes de internación y mucha rehabilitación.

Para ella todo terminó con abogados que la defendieron, emoción violenta, pelea defensiva. Los hijos comprendieron que, después de tantas correrías de su padre, era comprensible el estallido. Eduardo quedó un poco en babia, con leves secuelas neurológicas de por vida y limitaciones de movimiento en el lado derecho del cuerpo. No pudo volver a ejercer como médico cirujano general. Ni como amante.

Martha y Eduardo volvieron a su casa y se olvidaron de Adela. Martha regaló los palos de golf y recuperó su tranquilidad. Ahora lo tenía todo para ella. Se habían acabado las escapadas, las borracheras y las patéticas minitas.

Ella se lo había anticipado con humor casi tres décadas antes, cuando comenzaron la relación: “Si me engañás, no contás el cuento”. Eduardo no pensó nunca que Martha podía cometer un crimen o tener lo huevos para intentarlo.

Adela, la ladrona de maridos, como la apodaron sus amigas, jamás volvió a la mesa del café de los martes. Su malogrado atrevimiento terminó por confirmarle que la soledad había sido siempre su inexorable destino.

Conflicto de género

Mario siempre había sospechado que su hija, Yanina, era poco avispada. Pero el día en que le presentó a su novio lo confirmó. Máximo, así de pretencioso su nombre, apareció con aires monárquicos enfundado en unos jeans slim fit, con botamanga arremangada, que dejaban ver unos tobillos lampiños que terminaban en suaves mocasines beige, sin medias. Éste es muy finoli o es puto, pensó Mario, y esta boluda de Yanina nunca se entera de nada. Dueño de un frigorífico y mandamás del barrio, Mario no tenía filtros, era rústico y siempre iba al frente. Tan remilgado era su yerno que no supo bien qué ofrecerle. ¿Querés una cerveza?, intentó mosqueado por la situación. Máximo respondió que prefería, por favor, un té de hebras con endulzante. El suegro se fumó los humos del príncipe Harry sin corona ni dote. “De qué se las dará este chabón que no laburó en su puta vida”, rumió. Mientras su mujer hacía el té en la cocina, manoteó una cerveza helada y la tomó del pico. Intentó sacar tema. De fútbol no entendía nada, ¡ni cuadro tenía! De la industria de la carne, menos. De mecánica, “con esas manos de manicura”, pensó, tampoco. De qué podrían hablar, no se le ocurría. Mientras, seguía crepitando de rabia. “¿Qué se cree éste? ¿Que está en el palacio de los piratas ingleses tomando té con la reina? Mirá lo que la nena se fue a buscar, un pibe que se la cree.”

La mamá de Yanina, en cambio, estaba encantada con su

flamante yerno. “Este bruto de Mario es un arado, no entiende que hay hombres finos y educados”, le explicaba cómplice a su hija. El yerno, leído, recibido de abogado en una universidad privada, hablaba inglés y francés. Era perfecto. Máximo, además de culto, era un tipo con facha: alto, con ojos verdes, y empilchaba como un hombre de negocios europeo. A Yanina la encandiló de una. Sus pestañas húmedas y arqueadas y su silueta inmaculada hacían juego con la casa refulgente que su padre había construido a fuerza de sangre y carne vacuna. Máximo era su principito azul. Lo había conocido en un preboliche de unas amigas ocasionales. Se propuso conquistarlo y lo consiguió. Máximo quería ser admirado y, por sobre todo, ambicionaba mucho confort. Las necesidades de ambos fueron complementarias y la pareja funcionó. Yanina lo lució con sus amigas. Máximo, que quería una vida fácil y dorada, se dejó pasear. Hubo alguna conocida envidiosa de la novia que, con maldad y acierto, dijo: “Yanina saca a pasear a su caniche toy”.

La relación, al principio, fue relativamente sencilla. Yanina era tranquila y manipulable. Necesitaba a su Pigmalión para pulirse. Qué decir, cómo expresarse, cómo usar los cubiertos en la mesa, qué tono de voz usar para cada ocasión… Él la aconsejaba en todo. Hasta logró bajarla de sus estridentes carcajadas y de los escandalosos tacos que tanto le gustaban. La convenció de hablar bajo y que unas chatas cancheras eran más ABC1. Por supuesto, también tuvo que explicarle a qué se refería con esas letras. Yanina aprendía algo todos los días, su madre se sorprendía mientras Mario rebuznaba que eran unas tilingas. Máximo estaba dispuesto a educarla, Yanina lo veneraba por eso.

No pasó demasiado tiempo que pusieron fecha de casamiento. Él se mandó a hacer un carísimo traje a medida

que pagó el suegro sin mirar la cuenta. Ella se hizo confeccionar un traje con cola eterna con el diseñador de moda del momento. La mejor casa de fiestas de la zona, catering abundante y no tan fifí, pidió Mario. Plata era lo que sobraba.

La madre de Yanina quería darle brillo a todo. Que el lujo se viera y destellara a los cuatro vientos, hasta enceguecer a sus vecinos del country. Máximo se esforzaba por hacerles comprender que menos era más. Que el buen gusto dictaba otras reglas. Yanina quería ser su perfecta aprendiz, pero con el casamiento empezaron las interferencias de la madre y su deseo de sobresalir. No coincidían en nada. Él pretendió influir en el vestido. “Menos perlas y nada de cristales, más sencillez”, sugirió al diseñador, ante el estupor y la incredulidad de ambas. No le hicieron demasiado caso. Cambiarle el gusto a Yanina sería una tarea de largo alcance. El designer top, obviamente, obedeció a las que ponían el billete.

El casorio se hizo a todo trapo. Excesivo gasto, se amargó Máximo, ¡tanta plata mal empleada en sorprender a invitados con mal gusto!

Llegaron en un carruaje blanco tirado por caballos, como en un cuento de hadas. “Desopilante”, se dijo el novio riéndose con sólo pensar lo que estarían diciendo sus amigos. Eso no fue todo. Luego se evaporaron de la fiesta para reaparecer detrás de una maqueta de torta de bodas gigante, rodeados de flashes. Unos cuatrocientos invitados aplaudieron a rabiar. Máximo se sentía vulgar como muñeco de torta. Pero consideraba que el esfuerzo, a largo plazo, valdría la pena. Cuartetos en vivo, reggaeton, música disco… bailaron y comieron hasta reventar. Mario, inflado de orgullo, seguía en el medio de la pista a las cinco de la mañana cuando los

recién casados partieron.

Luego de una costosa luna de miel en la Polinesia, la parejita retornó al redil. Máximo trabajaría con el suegro, como asesor legal. Vivirían en la casa con pileta que les habían regalado en el mismo country. Yanina estaba feliz con su nueva vida muy parecida a su vieja vida. Máximo pensó, otra vez, que no se había equivocado, que tenía resuelta la faceta económica y que Yanina era una buena mina.

Fue diez meses después de esa fiesta que Yanina descubrió que a Máximo el sexo no lo enloquecía. Ni mucho menos. Ella sólo tenía la referencia de su ex novio, que había sido muy insistente y voraz en el tema sexual. Los cuentos de sus amigas la preocupaban porque ella podía contar, con una mano, las veces que habían hecho el amor con Máximo. Además, los encuentros habían sido poco interesantes. Él iba a los bifes y ni la miraba. Ni frases ardientes, ni pedidos especiales, ni ropa interior sexy, ni nada. Máximo cerraba los ojos y, con la luz apagada, acometía con prisa y sin ganas. En pocos minutos el asunto estaba liquidado. Como a Yanina el sexo no era lo que más le importaba en la vida, lo dejó pasar. Máximo era tan inteligente y tan bello que le alcanzaba con ser “su” elegida.

Yanina no trabajaba, así que sólo se entretenía planeando viajes y armando equipos de ropa para que ambos estuvieran a la altura de lo que quería Máximo. En la luna de miel había empezado a conocerlo. Cuando su marido compró varias cremas para rostro en el free shop, a Yanina le hizo mucha gracia porque su papá se lavaba la cara con agua y se afeitaba con jabón de manos. Máximo, en cambio, era sofisticado. Quería que sus suéteres estuvieran perfectamente acomodados por color. Le gustaban los zapatos con diseño audaz y la ropa marcando sus músculos de gimnasio. En uno

de los viajes se había comprado unos abotinados colorados. “Como los que usaba el papa anterior”, le explicó él. Ella se rió por el descaro de la comparación. Tenía más pashminas que ella y ocupaba con su ropa la porción más grande del vestidor. Máximo también le sugería cómo maquillarse. Le sacó de circulación el delineador de ojos y el de contorno de labios y le dijo que basta de tanto rímel. También se la agarró con sus uñas: más cortas, colores tranqui y nada de incrustaciones. Yanina asintió, como siempre.

En la semana, él trabajaba sin tregua. Pero quedó establecido que los miércoles eran días libres para ambos. Ella se iba con sus amigas y Máximo, perfumado y emperifollado, con los suyos.

“Che, tu dorima parece una mina”, le dijo un día el bestia de su padre. Ella, pava, se rió. Su papá nunca entendería la evolución masculina, era chapado a la antigua.

A veces, Máximo caía con trapo colorido que se enroscaba al cuello, “como los directores de cine”, le explicaba él. Y la ilustraba mostrándole los últimos desfiles de moda de París. Yanina miraba, pero no se le grababa nada. Cuando él le preguntaba algo, ella contestaba con risas. La risa le proporcionaba una salida amigable para esas respuestas sesudas que no se le ocurrían.

Pero un día Máximo entró en crisis. Ella insistía en que quería un hijo, que se aburría y que tenían que tener más relaciones porque, si no, no se embarazaría nunca. Máximo optó por no responder nada en ese momento. Cuando unas semanas después, ella repitió el reclamo, Máximo no lo pensó demasiado. Se sentó de patas cruzadas en el living, le agarró una mano y le confesó, como si fuese una amiga, que él tenía algunas dudas sobre cuánto le gustaba, en realidad, el sexo. Que quizá también le gustaran los hombres. Máximo creía

tener a Yanina de su lado en todo. Su intuición le falló y no se dio cuenta de lo lejos que estaba llegando. Le contó que una vez, hacía mucho tiempo, había tenido una relación con su profesor de tenis. Yanina, absorta, lo escuchó sin moverse. Él le habló de los gustos sexuales, que pueden variar con los años y que, en el mundo actual, la gente moderna tiene su cabeza abierta a todo. Que ser heterosexual era una antigüedad, ser bisexual o el poliamor eran la posta. Yanina se mostró dubitativa. Lo de los gustos sexuales de su marido la tomó por sorpresa. No entendía mucho lo de hetero, lo de bi o el poli… Fue al grano: "¿A vos te atraen los tipos más que las mujeres?", le disparó ingenua. El dijo que a veces sí, pero que igual la quería a ella. Se ocupó también de explicarle que el sexo no tenía nada que ver con el amor. "Ah", soltó Yanina, pero esta vez no se rió, sólo enmudeció.

Yanina no era una neurótica ni una insegura. Por eso no se alarmó en extremo ni perdió el sueño. Nada le hacía demasiada mella. Seguro que era algo frecuente, se dijo, que a los maridos de sus amigas también les pasaría. Aprovechó un cumpleaños que había esa semana y se lo contó a sus ex compañeras de colegio. Ellas revolearon los ojos espantadas y pusieron el grito en el cielo. Le dijeron que estaba loca si aguantaba eso. Se deshicieron en consejos. Yanina no hizo nada de lo que sus amigas le sugirieron. Pero la verdad es que quería tener un bebé y así, sin sexo, no iba a ser posible.

Estaban por cumplir un año de casados, él ya ni la tocaba, cuando se cruzó en sus vidas un viejo compañero de colegio de Yanina. Jonathan era musculoso, profesor de baile, sexualmente ambiguo y lanzado. Cuando Yanina lo invitó a su casa, Máximo murió de amor apenas lo vio. Se acariciaron con los ojos. El romance empezó rapidísimo, en pocas semanas, y detonó la relación con Yanina. Tenía que ser ciega

para no ver las miradas, los gestos, el enamoramiento entre ellos. No podía ser tan concesiva, admitió. Así que se armó de valor y unas semanas después le sonsacó a Máximo una confesión plena mientras ponían la mesa. Y sí, habían tenido relaciones con Jonathan, pero no tenía que preocuparse, el romance acabaría enseguida porque Jonathan se iba a vivir a Barcelona, dijo elocuente y verborrágico Máximo, que estaba tan metido que moría por contarle a alguien su historia. El sincericidio estaba cometido. Yanina protestó en serio por primera vez. Estaba muy enojada, pero se lo bancó porque no sabía exactamente qué conducta debía tomar. Esta vez no le contó a nadie. Sus amigas la matarían. A una de ellas el marido la engañaba con la secretaria... ¿No era lo mismo? ¿Por qué a ellas les parecía tanto peor que fuera con un hombre? Yanina no podía concentrarse ni reflexionar. Esos dilemas no eran para ella. Prefería olvidar y seguir adelante.

El asunto saltó por otro lado. Un primo de Yanina vio una situación más que comprometida: dentro de un auto estaban Jonathan y Máximo a los besos. El primo demoró dos segundos en ir a contarle la escena a su tío Mario.

Para Mario fue un baldazo de agua fría, pero sería injusto decir que no lo había visto venir. Siempre había notado que su yerno iba por otro carril. No había pensado que sería capaz de tanto y tan pronto, se sulfuró frente a su mujer, que quedó desolada por semejante desliz.

Mario se ocupó de ir hablar con Yanina. Nunca le había gritado así. Le dijo estúpida, tonta irrecuperable, que Máximo le podía contagiar de esas pestes de los maricas, que ella merecía un hombre de verdad, que él no había criado una hija para que fuera tan, tan… (no le salió la palabra, pero quería decir “indolente”), que esto debía terminarse ya.

Yanina lloró la noche entera. Ella amaba a su marido.

Máximo, justo ese día, no volvió a casa. Estaba con Jonathan consolándolo porque se le había pinchado su viaje a Barcelona.

Yanina se levantó sin haber podido dormir, chancleteó hasta la cocina a las ocho de la mañana y decidió que algo tenía que hacer… "Me voy a hacer un té", fue su gran decisión. Estaba boleada de sueño cuando Máximo abrió la puerta, feliz como un pájaro revoleando su poncho blanco. Ella estaba envenenada. Le dijo todas las barbaridades y ofensas juntas que había escuchado decir antes a su padre. Asqueroso, mentiroso, libidinoso, degenerado y mil cosas más. Él lloró como un señorito en penitencia y se fue muy ofendido a hacer sus valijas. Dobló tembloroso los pañuelos y corbatas Hermès, guardó su campera Moncler, sus zapatitos de Prada, sus relojes Rolex y Omega. Mientras, pensaba de qué carajo iba a vivir de ahora en más con el portazo de esta nena tonta a la que tanto había enseñado. "Qué injusta la vida —se dijo—, por un poco de sexo, me tira a la calle y no me reconoce nada." Estaba ofendidísimo. Y, por qué negarlo, preocupado. Pero él sabía como abogado que todo lo que habían comprado, después de firmar el casamiento legal, era ganancial. La mitad era para él. La casa que compartían, los dos autos, dos cuatri y la recién adquirida cabaña en Cariló, conformaban un buen patrimonio. Hasta se conformaría con un poco menos, pensó dadivoso. Cerró la puerta sacando cuentas y soñando en convencer a Jonathan para irse a Barcelona. Él le pagaría el pasaje. Se olvidó de consolar a Yanina, que lloraba en el living, porque ahora estaba angustiado por su propio futuro.

Se fue a vivir al departamento de un ambiente de Jonathan, en el centro de la ciudad. Sus valijas ocuparon cuatro metros cuadrados. La alegría y los planes de Máximo duraron

muchísimo menos que las lágrimas de Yanina.

A los cinco días del revuelo, Jonathan y Máximo tuvieron una visita inesperada a las diez de la mañana. El tipo que tocó el timbre no usaba cremas ni trajes caros. Se sentó en el sillón blanco del monoambiente, sacó un revólver de la cintura y lo apoyó sobre la mesa ratona. Le dejó claro que las cosas no irían nada bien si reclamaba algún bien mueble o inmueble. Él no tendría nada de nada. Sacó unos papeles y los puso frente a Máximo. Le dijo: "Firmá todo". Sin leer, Máximo, que tenía puestos sus zapatitos colorados Prada, firmó todo. Se cagó hasta las patas. Su dicha calculada se acabó ahí mismo. Porque apenas el mafioso, que había mandado Mario, se retiró Jonathan le dijo que no estaba para estos sustos. Que su experiencia homosexual con él se acababa acá por ahora. Porque él había sido compañero de Yanina de colegio y a Mario siempre le había tenido pavor. El tipo era de armas llevar y nada lo detendría si quisiera terminar con ellos. El miedo había liquidado, sin una bala, ese amor naciente.

Hoy Máximo tiene resuelta su duda de género, pero no así su situación financiera. Yanina sigue pensando en qué se equivocó, cómo fue que su príncipe azul destiñó en rosa. Su madre todavía está cavilando cómo contarles a sus conocidos las complejas derivaciones del reinado del príncipe Máximo.

El que entendió todo fue Mario: no lo iban a primerear. Un letrado avivado no se llevaría su sudor y su esfuerzo de tantos años. ¡Los bienes los había pagado él, qué mierda! De ahora en más, el novio de su hija de pocas luces lo va a aprobar él, como siempre debió ser. "Las mujeres, por eso son mujeres", remató.

La cuestión de las preferencias sexuales no fue lo que más enojó a Mario, sino más bien que el bebedor de té en hebras hubiera querido ganarle una pulseada sin transpirar una gota

su camisa de lino con perfume francés.

El pediatra de las chicas

Cuando nacieron sus hijas a Camila el eje del universo se le corrió de lugar. Las tardes de after office en el microcentro con sus compañeros de trabajo y los boliches ruidosos pasaron rápidamente al olvido. El boludeo terminó, exactamente, el día en que las parió: las mellizas nacieron cuando ella tenía 31 años. La joda loca en la que vivían con Toribio, su pareja y papá de las criaturas, encontró de pronto un freno impensado en su psiquis: la salud de sus hijas. Ésa pasó a ser la prioridad de Camila. Su nueva obsesión marcó su personalidad con una hondura que nadie podría haber pronosticado.

De pronto, todo le provocaba miedo. Le parecía peligrosa la bandeja del mozo en el restaurante con los vasos bailando sobre la cabeza de las bebas. Los balcones de los amiguitos del jardín le resultaban un riesgo horroroso. Las puntas de los muebles y los vidrios que no fueran laminados le robaban el sueño. Las tragedias que imaginaba le disparaban un vértigo enloquecedor. Por esos años, empezó a tomar pastillas para dormir. Ese blur químico, que le quitaba además nitidez a la vigilia, la ayudaba a sobrellevar el pánico agobiante de haberse convertido en la responsable de dos vidas que dependían de ella las veinticuatro horas. “Qué angustia, si se me cae de los brazos se me muere de un golpe; si no le doy de comer se muere de inanición; si no le doy antibióticos se puede morir por una bacteria; la vida humana es muy lábil…

Les puede pasar cualquier cosa en cualquier momento", se decía paranoica. A cada edad le cabía un peligro más peligroso. Las piletas, los autos, el colegio, los abusadores, las bicicletas. Cualquier actividad conllevaba riesgos. El mundo era hostil para Camila, que peleaba con capa y espada contra todos sus fantasmas. Ella, que había hecho paracaidismo y que había nadado con tiburones, ahora le temía a una simple reacción a las vacunas o a algún virus impredecible. Era un manojo de nervios a cualquier hora del día. A la niñera le compró barbijos descartables. Las visitas debían avisar si presumían portar alguna peste. Si tosían, estornudaban o se les caían los mocos, eran inmediatamente expulsados. Los que pasaban el umbral debían quitarse los zapatos que arrastraban inmundicias de la calle adheridas a sus suelas y lavarse las manos con jabón líquido. "El de barra es un asco —adoctrinaba Camila—, la mugre queda pegada y pasa de mano en mano."

La obsesión tomó cuerpo con tal fuerza que se convirtió en manía. Sus amigas se reían de sus tocs, pero Toribio se había sumado dócilmente a la caravana de la higiene perfecta. Como en el libro de Albert Camus, por el temor a la peste restringieron sus libertades y construyeron un muro. Su propia muralla invisible se erigía en el 2 A contrafrente. En este caso, las pestes estaban afuera. Así y todo, a pesar de las precauciones, las chicas vivieron enfermas los primeros años. Camila detestaba el jardín y temía a esos compañeritos llenos de mocos y piojos cuyos padres indolentes no cuidaban apropiadamente. "Lo que no mata te inmuniza", le recriminó una madre harta de sus exigencias. Rápidamente, la atrevida fue eliminada de los contactos de Camila, que no encontraba salida para su dilema sanitario.

Las visitas al pediatra de cabecera eran una tortura. "Odio

la espera en este criadero de bacterias", admitía a las otras mujeres mientras observaba horrorizada las gotitas con vida propia que flotaban a trasluz. Había leído que un estornudo llevaba de viaje a sus integrantes… ¡hasta seis metros! Estaban atrapadas las tres con una caterva de pendejos enfermos. Eso, justamente, fue lo que la llevó a recurrir a los pediatras a domicilio. Se dijo que era muchísimo menos peligroso para los contagios. El cambio fue para ella una bendición.

Las llamadas a la prepaga para pedir médico a domicilio se convirtieron en algo cotidiano. Si les dolía la panza, podía ser peritonitis. Si les dolía la cabeza, había riesgo de meningitis. Si estaban agitadas, bronquiolitis. Las itis pasaron a encabezar su lista de miedos mortales. Había semanas en que, con Toribio, quedaban exhaustos.

Hasta que una vez, en medio de tantas toses y vómitos, apareció el Lawrence de Arabia de los pediatras.

Rubio, con lanas al viento, sonriente y contenedor. Él hacía las visitas de la prepaga las tardes de los martes y jueves, recalcó. No pasaba los cuarenta, tenía cuatro hijos y un ataché negro destartalado. Rodrigo, se llamaba el noble caballero de aires británicos y mirada azul penetrante. Camila anotó los días en su cabeza y la dirección de su consultorio particular en su celular. Quedaba lejísimos, pero prometía más que el pediatra mayor y relajado con un consultorio abarrotado. Además, Rodrigo podía venir a su casa martes o jueves. Toribio aceptó el cambio a regañadientes. Desconfiaba del rubio conquistador de guardapolvo desabrochado y sonrisa brillante. Pero si traía paz a su convulsionada casa, bienvenido.

Rodrigo empezó a visitarlos todas las semanas. Dolores, constipaciones, aftas, golpes y muchos etcéteras justificaban

las visitas.

Camila empezó a pensar si no debería haberse casado con un pediatra. ¡Tanto más cómodo sería para esta etapa de la vida que el abogado que tenía en casa! Así fue alimentando su veneración por Rodrigo. El dios de la medicina, el valiente salvador, el que siempre estaba a mano para domar sus miedos.

Lo peor fue que empezó a desear que sus hijas tuvieran "algo" cada semana. Cualquier tontería era buena excusa. Al principio, no fue consciente de la propia enfermedad que expresaba su deseo. Rodrigo llegaba en su camello desvencijado de cuatro ruedas, modelo 2005, a salvarlas de bacterias virulentas. Primero sonriente, después un poco más sugerente y, finalmente, se hizo obvio para los dos que se tenían ganas. Muchas ganas. Tantas como las recetas que se acumulaban sin comprar en el cajón de la mesa de entrada. Ella le preparaba un té de limón mientras él revisaba a las chicas. Y, después, se quedaban charlando un buen rato de bueyes perdidos.

Camila ya no recuerda si fue ella o él quien sugirió un encuentro fuera del sagrado ámbito familiar. Sólo le quedó grabada la sensación de cuando él le devolvió una lapicera, con la que había recetado un antifebril, y le acarició la mano como al pasar. Sus caras estaban tan cerca que la respiración de él le daba en la frente. Supieron al momento de qué se trataba. Ella se animó a mirarlo embobada. Mientras las mellizas jugaban con unos rompecabezas en el piso del cuarto, Camila lo acompañó los cuatro metros que los separaban de la puerta de entrada. Y ocurrió lo obvio. Un beso irreal y suave, tímido. Él con el estetoscopio colgando que se le incrustó en las lolas, ella acariciando la melena rubia de su actor de sueños. El próximo encuentro quedó

sellado sin decirlo.

El consultorio lejano resultó ideal. Entre prescripciones sin sentido y algunas reticencias de él, empezaron una relación que, valga la paradoja, nació enfermiza. La fiebre de la pasión que envolvía a Camila hacía sufrir a Rodrigo. Él vivía con más pesar que alegría los encuentros, pero finalmente se entregaba a todo. Ella, relajada, se zambullía entre sus manos como si pudiesen curar mágicamente sus temores atávicos. Rodrigo estaba aterrado con ser descubierto. Camila le decía riendo que él era un galeno paranoico. La libido a Camila le calmaba cualquier miedo. Era el mejor remedio. El pavor de él le hacía gracia y le despertaba deseos alocados. Se descubrió placenteramente infiel y más sexual de lo que nunca había pensado que era. El turno de las siete de la tarde era perfecto. Camila llegaba justo cuando la secretaria del consultorio ya se había ido. La inconsciencia de ella alarmaba a Rodrigo, que era un ser más vulnerable que valiente.

Lo que los unía parecía más bien una desesperación sexual sin rumbo. Que se concretaba, sin demasiadas contemplaciones, sobre la camilla negra del consultorio. Camila lo avanzaba sin pudores y él se entregaba sumiso al placer momentáneo. Ella se comportaba como si el terreno de la infidelidad le fuera conocido. Dejaba colgada la ropa sobre el biombo y lo desvestía sin pedir permiso. Deslumbrada por el conocimiento de Rodrigo sobre el funcionamiento del cuerpo humano descubrió, además, que el guardián elegido para sus hijas era un verdadero Adonis. Cuerpo flaco y musculoso, Rodrigo era casi perfecto. De pocas palabras, no prometía nada ni pedía nada. A Camila le bastaba con que actuara. Él estaba seducido por la admiración que ella le profesaba, pero tenía el alma atormentada. Desde siempre. Su sonrisa brillante ocultaba un profundo conflicto con la

felicidad. Camila confundía su mirada insondable con pasión contenida. Su falta de expresiones verbales, con timidez y caballerosidad. Nada de eso. Rodrigo llevaba el alma pelada, en carne viva.

Un día la secretaria de Rodrigo volvió de improviso a buscar la tarjeta Sube. La había dejado en el primer cajón de su escritorio. El ruido que escuchó proveniente del consultorio cerrado no le dejó lugar a dudas. Su jefe estaba con una amante. Estaba cogiendo en el consultorio infantil. Se espantó, pero resolvió callarse. Quién era ella, se dijo, para entrometerse. Pero sintió repulsión por el lugar elegido para el engaño. Al salir, no pudo evitar dar un rabioso portazo. Tan fuerte fue el golpe que interrumpió el momento cúlmine de los amantes en la camilla.

Rodrigo no pudo recuperarse del susto que le provocó ese inesperado estruendo. El saber que su secretaria sabía lo que ocurría lo puso en una situación incómoda. “Qué ridículo”, decía Camila, molesta por sus pruritos. Y empezó a acosarlo con vehemencia. Que por qué ponía excusas, que no podía ser tan cagón, que su secretaria era una aliada porque no había dicho nada. Rodrigo se volvió más huidizo y más gris. Trashumaba una tristeza agotadora. Camila se hinchó los quinotos de tanta vuelta, pero no cejó en su empeño de arrinconarlo. Más se negaba él, más insistía ella.

Llegó el verano y partieron de vacaciones con sus respectivas familias.

A mediados de febrero Camila retomó la persecución, convencida de que lograría seguir con su aventura disparatada. Apostaba a que le volvería a encender las ganas locas de acostarse con ella, en esa camilla donde revisaba a los chicos... Camila se preguntó si eso sería una perversión. Pero no llegó a ninguna conclusión. No tenía ganas de

planteárselo. Ella lo deseaba con locura y él no podría resistirse. Estaba convencida de sus habilidades sexuales. Camila tenía el ego muy bien resuelto, pero a su vanidad le faltaba sensibilidad. “Después de todo, es el médico de mis hijas, y las chicas lo necesitan”, se justificó. No veía tan tremenda la traición, pero se abstuvo de contarles el affaire a sus amigas. No porque fueran unas santas, pero quizá le reprocharan que usara el consultorio para desahogar pasiones.

Pero nada salió como ella había planeado. Sus intentos por contactarlo fueron vanos. En ninguna de las tres líneas del consultorio atendían. Se mandó directo hasta allí y tocó el timbre largo rato. Nada. Empezó a enojarse. ¿Qué le pasaba a este tipo? ¿Se había borrado? ¿Qué iba a hacer con las chicas si no quería atenderlas? Y la tarada de la secretaria, ¿por qué no estaba? ¿Habría mudado el consultorio? Era un cobarde, se repetía. No desaparecería así como así. La rabia la envalentonó. Llamó a la obra social, pero no consiguió información. No figura en cartilla, respondió una voz centroamericana.

Promediando marzo una diarrea diabólica de una de sus hijas hizo que llamara a un pediatra a domicilio. Era justo un martes. Se ilusionó. Y esperó el timbre. Imaginaba los pelos rubios de su Lawrence, sus manos sabias y su voz calma. Se acomodó la blusa, exageró abriendo su escote y corrió al portero eléctrico cuando sonó. En lugar de Lawrence de Arabia llegó un gordito petiso con barba que, si no fuera por los kilos de más, se dijo que se parecía a Onur, el turco que le había arrancado suspiros en la tele. La invadió una sensación horrible de decepción, de desgano. El gordito le mandó estudios a su hija y le dio una tarjeta para que lo llamara cuando tuviera los resultados. Dos días después lo llamó con

los exámenes en la mano: había una bacteria. Era su día de visita, pasó por su casa y recetó un antibiótico. Camila juntó coraje y le preguntó si sabía algo de un pediatra que se llamaba Rodrigo, que solía hacer las visitas como él, los martes y jueves. La cara de Onur fue elocuente. “Uy, sí”, le soltó, habían sido bastante amigotes, aclaró. Pero hacía más de un mes y medio que había ocurrido una tragedia. Lo habían encontrado muerto en su consultorio, en la camilla donde atendía a los chicos. Se había suicidado con pastillas. Lo encontró su pobre secretaria un lunes. La mujer y los hijos estaban destrozados. Rodrigo, le siguió explicando, era depresivo crónico desde muy joven. No había podido ganar la batalla a su mente atribulada.

Camila escuchó como ausente. Se le enfrió el corazón. Cuando el portador de la mala nueva cerró la puerta no derramó ni una sola lágrima. El espanto que le sobrevino impidió cualquier otro sentimiento. ¿En qué manos había puesto la vida de sus hijas? ¡Y ella que creía que Rodrigo era un ángel guardián! Vaya sorpresa de ángel, suspiró aliviada. Al fin de cuentas, de Rodrigo no sabía nada. Había conocido sólo su cuerpo. Una relación superflua con un fantasma sin alma, se consoló. ¿Acaso estaba obligada a llorar por alguien que había decidido morirse? Morirse y dejar de curar al resto de sus pacientes, flor de egoísta este Rodrigo, se repitió. Además de médica frustrada, Camila tenía ínfulas de cirujana psiquiátrica. Con su bisturí cerebral descuartizó la imagen del amante en dos segundos y la metió en la papelera. “¡De la que me salvé!”, se escuchó decir en voz alta. Abrió la lista de contactos de su celular y buscó al viejo pediatra, el del consultorio rebosante de mocosos. Ahí estaba. Entonces, borró sin titubear el contacto de Rodrigo. Ya no existía y ella no era una melancólica, sino más bien una mujer pragmática.

Después se fue a bañar y retomó su vida.

A Toribio prefirió no contarle nada del episodio mortal. Las cuestiones de salud no eran su territorio. No valía la pena que se entristeciera por ese tipo gris que le había birlado, sólo por un rato, la mujer.

El novio de la hija

Mercedes le lleva sólo diez y ocho años a Federica. La tuvo muy chica y se criaron, dicen entre risas, muy juntas. Tan juntas que terminarían compartiendo demasiadas cosas.

Mercedes estaba separada del padre de su hija desde hacía mucho tiempo, cuando Federica, con 21 años, se puso de novia por primera vez. Iba tan en serio la cosa, que a los dos meses decidió invitarlo a comer a su casa. Se lo quería presentar a su madre y confidente.

La primera comida salió brutal. Mercedes, espléndida anfitriona, lo esperó con una mesa canchera en la terraza: mantel de lino, un centro de jazmines flotantes y varias bandejas con cosas ricas. Picada de quesos franceses, salamín italiano y jamón de San Daniele. Un buen Rutini y música chill out. Sebastián llegó puntual con una campera uniqlo negra, jeans rotos y borcegos. Enseguida hubo buena onda. Mercedes, con 39 años, era literalmente un minón. Jeans elastizados adheridos a larguísimas piernas, mocasines rosas de género y una remera suelta con la frase “Stay Calm” enfundaban a la suegra cool. Federica, con cero maquillaje, un rodete alto y menos curvas, era una belleza lavada y elegante. “Parecen hermanas”, pensó Sebastián. Fue una velada risueña sin discusiones políticas ni conflictos. Ideal. Él se sintió homenajeado y flanqueado por dos mujeres increíbles. Volvió a su casa feliz con su noviazgo.

La buena onda era tal que, luego de un par de encuentros

casuales, Mercedes le pidió ayuda para organizar el cumpleaños 22 de Federica. Averiguaron alternativas. Estaban entre reservar en un restó recién inaugurado o contratar para indoors sushi, pizza party o comida peruana. Finalmente se decidieron por una fiesta sorpresa en el Sum del edificio: tenían a disposición un alegre espacio con buena terraza en el último piso. Invitaron unas cuarenta personas entre amigos y familiares. Hubo barras de alcohol y de crepas. No faltó una mesa de postres exquisitos. Fue una noche fría, pero gloriosa y despejada, que calentaron con unos altos radiadores alquilados. Salió impecable; Federica se sintió festejada y querida.

Todo marchaba sobre rieles. Federica estaba muy contenta porque su madre confiaba en Sebastián y hasta le había pedido consejo sobre unas inversiones en el banco donde él trabajaba. Mercedes fue a verlo un par de veces a la oficina para que le explicara bien cómo sería el rendimiento del dinero que pondría a plazo.

A él, esta mujer le parecía cada vez más despampanante. "¡Qué piernas! ¡Qué seguridad para manejarse!", se decía Sebastián, que no solía tener malos pensamientos. Pero empezó a temer las jugadas que le proponía su cabeza. Las bromas de sus compañeros de trabajo sobre lo buena que estaba la suegra no ayudaban a terminar con sus deseos. Lo hacían sentir algo así como importante. Su jefe, por demás procaz, hasta le sugirió en broma que probara ese tentempié. Sebastián pensó sonriendo que, en los tiempos que corren, les chiques, les amigues de su novia, podrían lincharlo.

Pasaron los meses y un día a Federica, que trabajaba en una agencia de publicidad, le apareció la oportunidad de su vida: ir a filmar un comercial a Londres y Moscú. Se sintió exultante. ¡Doce días en Europa laburando! Confiaban en ella

y eso prometía un ascenso. No lo dudó. Partió feliz con la gratificación de haber sido la seleccionada de la agencia. No era una persona celosa, así que Sebastián no tuvo ninguna recomendación de su parte. Federica confiaba en sí misma, en él, en su madre y en la vida.

A despedirla, al aeropuerto de Ezeiza, fueron los dos: Mercedes y Sebastián. Adiós, adiós. Y vuelta, por la autopista, al centro con Sebastián al volante. Mercedes estaba refulgente con un suéter blanco de cuello volcado y unos ajustados pantalones de cuero negros que terminaban en unas botitas negras de neoprene. “No parece la edad que tiene”, se decía Sebastián, que orillaba los 28. “Sólo once años más”, se sorprendió minimizando la diferencia. Mercedes le dijo que era temprano, que por qué no iban a almorzar por Palermo Viejo ya que él se había pedido el día libre. De paso veían el tema de qué convenía hacer en el futuro con sus plazos fijos y sus bonos. A lo mejor, con buenas inversiones, podía ayudarlos en un par de años a comprar un departamento, sugirió la suegra.

Dejaron el auto en una esquina y se sentaron en una mesa de la vereda. “Parecemos novios”, pensó Mercedes riendo para sí. ¿Notaría mucho la gente la década de diferencia?, se preguntaba. Entre copas de un malbec con cuerpo, hablaron del pasado de ella, del de él, y se confesaron algunas cosas inconfesables para suegra y yerno. El romance de ella con el personal trainer que había conducido a un divorcio traumático. La novia que él había abandonado casi en el altar porque no estaba lo suficientemente enamorado. La enfermedad de la madre de él cuando se enteró de que su marido tenía doble vida amorosa con su prima. A Federica ni la nombraron. Terminaron un poco borrachos, riendo sin ton ni son, y yendo al auto tomados de la mano para no caerse. A

pleno sol.

Cuando llegaron el departamento de Mercedes (y de Federica, claro), él se ofreció a acompañarla hasta arriba. Ella, tambaleante, cuando abrió la puerta le dijo que entrara. Él entró sin dudar. Se sacó los zapatos mientras ella preparaba dos exquisitos pisco sour. En un bowl puso unos nachos y en otro, guacamole. Se tiraron en el balcón terraza con unas mantitas de polar celestes para disfrutar de la caída del día. El alcohol les había dado sueño. Hacía un poco de frío, así que se acurrucaron los dos en la misma colchoneta blanca, sobre la reposera de rattan que crujía por el peso cada vez que se reían. La tarde discurrió con velocidad y el alcohol soliviantó las barreras. Por las venas de Mercedes y Sebastián corría electricidad. Miles de voltios imparables. No había disyuntor posible que cortara la corriente.

Lo que pasó después no hace falta ni contarlo. Concretaron su calentura disparatada y traidora. Sexo salvaje a repetición en la habitación de Mercedes, sobre la manta de duvet que le había regalado Federica a su madre. Terminaron durmiendo abrazados y revueltos en la enorme cama.

A la mañana siguiente, él se levantó mareado y con náuseas. Tenía un poco de fiebre. En calzoncillos, el novio de la hija deambuló hasta el baño. Qué lindo y joven era, se regodeó. Mercedes se dio cuenta de que había empujado el límite de su contorno ético hasta el abismo de lo insoportable. Él volvió al dormitorio y se vistió como pudo sin mirarla, pero no llegó demasiado lejos. Vomitó, en el medio del living, la comida del idílico día anterior. Se sentía morir. No sabía cómo comportarse, así que se fue a su casa sin decir ni mu. Ella pretendió explicarle lo que le pasaba con voz ronca. “Es la resaca”, dijo, y cerró la puerta con la culpa pegoteada en la piel. Limpió el vómito de su yerno y se restregó el cuerpo, en

la bañadera, con la esponja gruesa hasta dejárselo todo colorado. Como si borrando el ADN de Sebastián sobre sus propias células eliminara el desatino cometido.

"¡Qué lástima no tener veinte años!", se autocompadeció. ¡Tan bien la habían pasado esas veinticuatro horas! No haberse conocido antes… ¿Antes de qué?, se mareaba. ¿De que Sebastián hubiera conocido a Federica? ¿La habría mirado? Mejor ni pensar. Lo ocurrido era inmodificable; el pasado, pisado; colorín, colorado; punto final. Mercedes empezó a borrar con la mente lo que su cuerpo había escrito entre las sábanas. Sebastián, mientras tanto, vomitaba su infracción hasta perder el alma. No podía creer la audacia en la que había caído. La suegra estaba buena, pero eso no podía repetirse. Él no era un tipo al que le gustara jactarse de peripecias sexuales. Quería borrar esa noche como fuera. Estaba impresionado de haberse metido en un terreno tan resbaladizo. Siempre había sido un tipo básico, simple, sin complejidades, se decía absorto. De todas formas la culpable, si de moral hablaban, era la madre. Esa madre que lo había seducido contoneándose al ritmo del alcohol, era una verdadera jodida, se dijo exculpándose. La opción de callar y olvidar le pareció la más prudente.

En once días volvía Federica. Sólo él fue a buscarla. La recibieron con menos fiesta que circo sin payaso. Ella notó levemente que su madre y Sebastián no parecían estar tan unidos. Le preguntó a Mercedes qué pasaba. Ella le dijo que todo estaba bien, pero que el muy boludo se había olvidado de renovarle los plazos fijos, así que se había buscado otro asesor financiero para no mezclar los tantos, y separar los negocios de los asuntos familiares. Pero que, por favor, no le dijera nada, porque después de todo era una tontería. Federica le hizo caso como siempre a su ejecutiva madre y no

habló del tema con Sebastián. Calma ante todo, se dijo, Mercedes tenía razón con eso de no mezclar.

Unas semanas después, a Mercedes le tenía que venir la menstruación. No pasó nada. Se le paró el cuore. Le temblaban las divinas piernas. ¡No podía tener tanta mala suerte! Tuvo un atraso de siete días. Siete días en los que no durmió ni comió. “La perimenopausia hace esas cosas”, le dijo el ginecólogo. Falsa alarma. El desliz con su yerno no había provocado consecuencias, respiró tremendamente aliviada. Liberada momentáneamente de culpas.

Federica y Sebastián se casaron un año después, tuvieron dos hijos y siguieron con sus apacibles vidas.

Mercedes se tragó esas veinticuatro horas de felicidad robadas a su ingenua hija. Jamás se lo contó a nadie. Ni al terapeuta. Pasado el tiempo, llegó a pensar incluso si no lo habría imaginado y si todo no habría sido fruto de sus delirios etílicos. Ella no era promiscua y adoraba a su hija, se repetía. Pero cada vez que alzaba a sus nietos se acordaba sin remedio del susto del atraso. Y le daban arcadas. Eran los juegos perversos de su mente. “La vergüenza es signo de que tengo moral”, se consolaba. Aunque también pensaba, contradictoria, que el arrepentimiento era signo de debilidad, que uno debía hacerse cargo de lo hecho y mantenerlo guardado a cal y canto. Imparable, seguía dándole vueltas al asunto y concluía que los sincericidios no tenían sentido si arruinaban a una familia. Sus dislates internos eran intensos. Mercedes tenía las cosas un poco confundidas. Quizá, si había ocurrido, había sido un arrebato de deseos de juventud y hormonas tardías, seguía con su análisis. Y, de pronto, se sentía extenuada de tanto pensar. Daba vuelta la página y la paz volvía.

Después de todo, la negación de un yerro puede ser

también un perfecto refugio para seguir viviendo.

Otro título de Carolina Balbiani

¡No te pierdas el contenido exclusivo en Leamos y BajaLibros!

Twitter

Facebook

Instagram

INDIElibros